

Decano de
la Prensa
de Cuba

La Habana, 17 de Septiembre de 1939.

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
América

DIARIO DE LA MARINA

GUERRA

Cosecha de la



EN UN CUARTO DE SIGLO POLONIA HA SUFRIDO TRES VECES EL YUGO EXTRANJERO

MATAR ES UN ACTO INDIVIDUAL Y COLECTIVO. Con estas frases describía Novicov el hecho colectivo de la muerte en la guerra, diferenciándolo del particular llamado asesinato. Sea más o menos exacto el concepto ahora nos llega a la memoria porque estamos frente a otro caso colectivo de muerte, de éxito indudable en la pasada guerra. El reino de la metralla vuelve a imperar. La psicosis de las multitudes formada en la belicosidad del último año, se traduce en un murmullo, avivado—en los países que cuentan con millares de mutilados de la pasada contienda—al paso de los ex hombres que la anterior guerra nos dejó. Europa, como antaño—y como siempre, pues a despecho de cuanto se diga, es Europa la que ha dado el ejemplo de las guerras—está loca.

—¿Otra guerra?—gruñían los pacifistas. —¿Y, para qué?

La respuesta a la perturbadora pregunta hay que buscarla en las estadísticas de la contienda europea del 14. Pero habría que buscarla mejor en los labios y los pensamientos de las viudas y de los huérfanos; y muy especialmente en los recuerdos de los que vivieron jornadas espantosas hundidos en el barro, la sangre y el fuego; víctimas de las epidemias, del hambre, de los incendios y de las matanzas. Pero ya se ve: se quiere hallarla, por el contrario, en las puntas de las bayonetas y en las bocas de los cañones motorizados o en los fosos sin luz de las nuevas trincheras—las mismas después de todo, aunque más repugnantes.

Y darán también sus respuestas, cuando el odio se expanda, las ciudades desoladas, las ruinas y los campos sin fin trocados en cementerios. Y la miseria de ahora. Y las crisis. Y una nueva neurosis. Y la desesperación nueva. Y los cuerpos jóvenes machacados mezclados en nuestras vidas.

¿Sirven de algo las guerras? ¿Sirvió para cualquier cosa concreta la pasada?

Para encender las pasiones y los odios; para dejar, frente a las horas de paz un resquemor que restalla en los horrores de una nueva lucha y en el carácter ríspido.

¿Es que Europa tiene tan mala memoria para sus propias tragedias? ¿Se entregará de nuevo a todos los sacrificios en un afán sádico, estúpido e inútil?

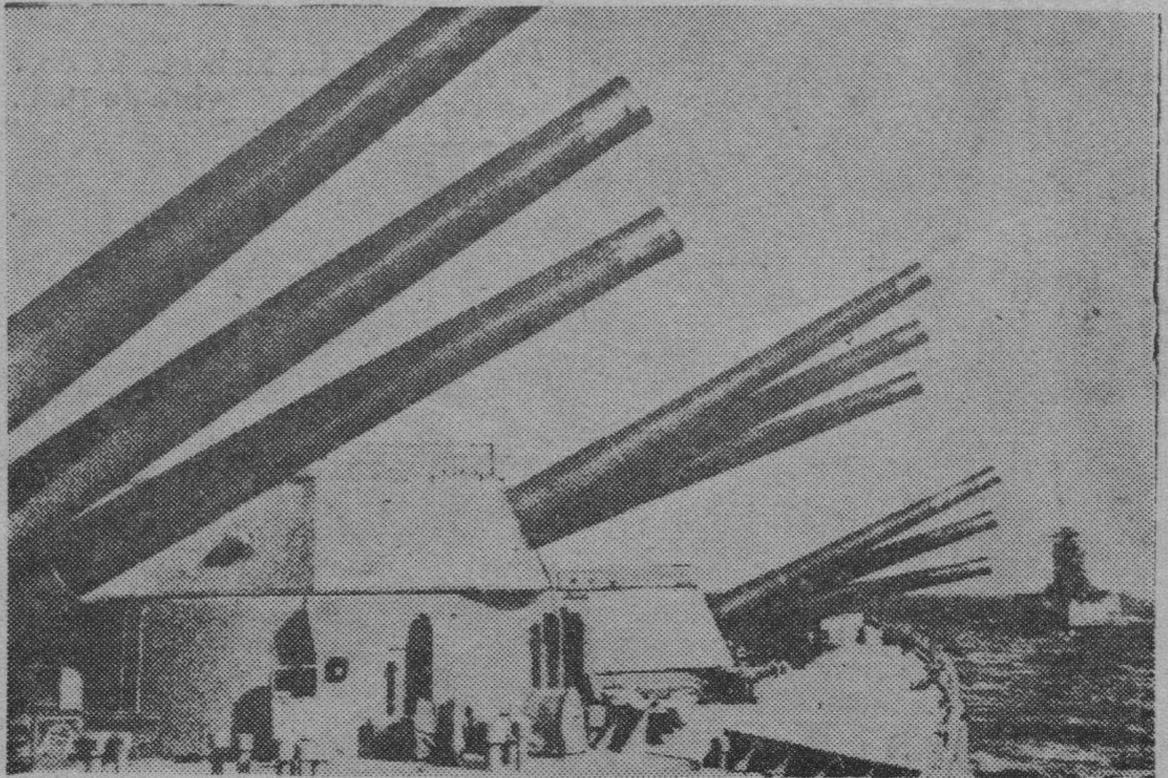
Para evitarlo, en Europa, madre del Derecho, se firmaron unos brillantes y elocuentes Tratados, que con el transcurso del tiempo resultaron elocuentemente inútiles.

o o o

Una ojeada a la estadística, hemos afirmado antes. Y aunque la estadística es una ciencia inerte, ¡cuánto dolor hay en sus cifras!

Cuatro años—1914-1918—: nueve millones de muertos. Nueve millones de hombres eliminados del mundo por la decisión de varios gobernantes. Nueve millones de tumbas abiertas para sepultar otros tantos millones de esperanzas en la humanidad. Nueve millones de muertos para certificar la excelente calidad de las armas de fuego, los tanques, los aviones y tal vez los gases, los microbios y las pestes.

Si el recuerdo de esos nueve millones no ha bas-



Una de las torres del acorazado británico «Rodney», en el cual se dan la más perfecta técnica y la potencia máxima para la destrucción.

COSECHA de la GUERRA

tado para refrenar los ímpetus guerreros de esta generación es que, como podría decir con derecho una de las víctimas, Europa está loca. Si no sabe contenerse, ¿será porque merece su dramático destino?

De esos nueve millones de muertos, 1.611.104 eran alemanes. Alemanes rubios, robustos, aficionados a la buena cerveza y a las canciones. Eran un tanto idealistas; pertenecían a la patria donde los reyes agasajaron antaño a los poetas. Habían leído a Goethe y a Heine; seguían a los idealistas de su patria y se enternecían con sus lieds románticos y se enardecían con los espasmos de Wagner. Pero de nada sirvió: la guerra acabó con todo eso, que era el orgullo—y bien legítimo—de Alemania

Un millón cuatrocientos veintisiete mil ochocientos, eran franceses. Pertenecían a la patria de los derechos del hombre. Les dijeron que iban a defender la libertad. Y les sacaron de la alegría de París y del rumor de sus campañas floridas.

2.672.064 eran rusos, más de un millón austriacos cerca de otro millón ingleses y otro millón lo componían los italianos.

Más de 20.297.551 fué el número de heridos. Ahora serán muchos más, con la ayuda de los aviones y de las armas automáticas. Unos 20.000.000 de hombres deshechos; unos con las caras destrozadas y los miembros cercenados. Seres deshechos

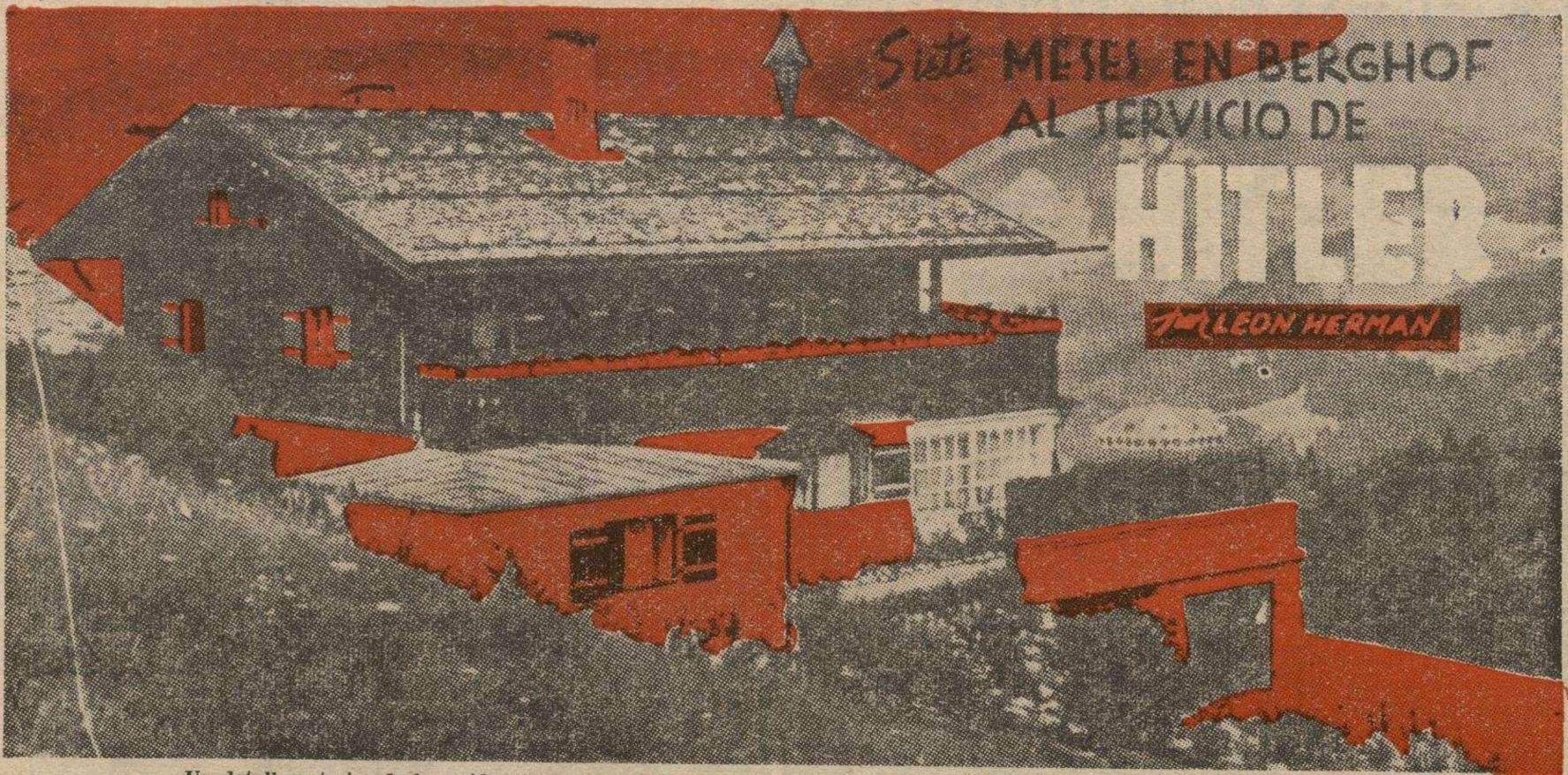
para certificar las excelencias del armamento.

La guerra pasada hizo aun otra labor: dejó 9 millones de huérfanos. Nueve millones de niños destinados a ver, prolongados en sus vidas, los horrores de las trincheras, y tal vez a ser las víctimas de ellas, ahora. Criaturas apadrinadas por el hambre y la tragedia, cuyo amanecer estuvo cubierto con todos los crepúsculos.

Cinco millones de viudas. ¡Ah, y qué trágica zarabanda de millones de víctimas que fué la guerra! Cinco millones de mujeres enlutadas por la fatalidad que nunca llegaron a comprender, como ahora.

El valor capitalizado de las vidas perdidas, se ha calculado en 33.551.276.280 dólares. El de las propiedades perdidas en la tierra se valuó en 29.960 millones de dólares; el de las propiedades perdidas en el mar, en 6.800 millones. Las pérdidas de los neutrales ascendieron a dos mil millones de dólares, y las del mundo entero, en 337.846.189.667 dólares.

Ante esa cosecha de muerte y destrucción, Europa no ha encontrado otro recurso que volver a abrir las sumas terroríficas. Para recuperar las pérdidas han hecho falta más de 20 años. Para perderlas de nuevo—jugándose de paso la civilización, obra de siglos—tal vez se necesite mucho menos. Europa empieza a sacar punta al lápiz y se dispone a sumar de nuevo.



Un detalle exterior de la residencia de Hitler, en las montañas bávaras, lugar a que hace referencia nuestro colaborador en este apasionante relato.

PAULA ZIPFEL, DE NACIONALIDAD FRANCESA, ESPOSA DE UN MARINERO DE MOSELA, HABIA SIDO CONCHABADA POR LA GESTAPO PARA TRABAJAR EN CASA DEL FUHRER.

RELATA CURIOSOS RECUERDOS ACERCA DE LA VIDA PRIVADA DE BERCHTESGADEN

- El Führer no duerme de noche, pero camina en su aposento, alumbrado hasta las ocho de la mañana; entonces se acuesta hasta mediodía.
- Su servicio personal está asegurado por un grupo de jóvenes que no se separan nunca de su lado.
- A dos pisos bajo tierra, el Führer ha hecho construir varios sótanos secretos de donde parte un túnel que llega cerca de Salzburgo.

Lel cónsul de Francia en Bucarest tuvo la sorpresa de recibir la visita de una mujer frizando la cuarentena, vestida a la moda bávara, que se dirigió a su compatriota en alemán, declarándole ser francesa y haber trabajado como criada en casa de Hitler, en Oberzalzburg...

Se trataba de Paulina Ziepfel, que venía a solicitar de la Legación de Francia ayuda y protección para ella y su marido. Las piezas de identidad que presentó fueron autenticadas rápidamente y las explicaciones proporcionadas por la antigua sirvienta de Oberzalzburg fueron reconocidas exactas.

El cronista quiso conocer a su turno a esta francesa que durante siete meses estuvo al servicio de Adolfo Hitler y saber la razón—o las circunstancias—de su llegada a Bucarest. Nos resultó fácil descubrir a Paulina Ziepfel en un modesto hotel de la capital rumana. La encontramos en compañía de su marido, Hans. Transcribimos a continuación, con estricta fidelidad, el relato de esta insólita aventura.

Hans Ziepfel, hijo de marineros alsacianos, nación, con estricta fidelidad, el relato de esta inscripción en los registros del estado civil de aquel departamento. Luego abandonó inmediatamente el país, prosiguiendo a través de las costas, ríos y canales de Europa, la vida vagabunda de todos los marineros. Recibió cierta instrucción y, cuando cumplió los veinte años partió para descubrir el mundo.

Hans Ziepfel se consideraba como ciudadano alemán. Nacido en un lugar que pertenecía en el momento de su nacimiento al Reich, ignoraba que

el derecho de opción por Francia existía después del final de la guerra para los ciudadanos nacidos en Alsacia-Lorena.

Hans Ziepfel terminó por establecerse en Munich, donde fué contratado como empleado por el poderoso «trust» alemán de la electricidad A. E. G. Contrajo nupcias con Paulina, nacida en Katchanowitz. La pareja llevaba la vida laboriosa y modesta de los pequeños burgueses de Munich. Hans se inscribió en el partido social-demócrata. Pero el huracán hitleriano comenzó a soplar en Alemania. A partir de ese momento, las cosas comenzaron a echarse a perder para la familia Ziepfel. Hans y Paulina fueron arrestados por depósito de armas en su casa (depósito hecho por los social-demócratas). Hans Ziepfel fué condenado a tres años de cárcel. Paulina Ziepfel es dirigida hacia el campo de concentración de Dachau; permanece allí cinco meses.

SE NECESITA UNA CRIADA

Puesta en libertad, Paulina Ziepfel se encamina a Salzburgo, en cuya ciudad se presenta a una organización mutual femenina. Allí se comienza por darle de comer y una cama para dormir mientras encuentra un empleo. En cambio de los alimentos y de la hospitalidad que se le dispensa, Paulina Ziepfel trabajará en los trabajos domésticos de la casa de beneficencia. La probidad, la manera de trabajar de la nueva refugiada le conquistan rápidamente la estimación y la simpatía de los directores de la obra aludida.

Un día llega de Oberzalzburg una solicitud que suscita cierta agitación en el refugio femenino de Salzburgo. Se pide para la casa del Führer, en Berghof, una sirvienta. La solicitud está formulada por el propio jefe de la Gestapo.

LA VIDA EN CASA DE HITLER

Durante siete meses, Paulina Ziepfel permaneció al servicio del canciller Hitler, en Oberzalzburg.

No citaremos más que algunos de los hechos más curiosos de que fué testigo y cuyos detalles tuvo la gentileza de relatarnos.

El chalet de Berghof está vigilado severamente. Un regimiento de S. S. está de guardia permanente. Cada tres meses se cambian los efectivos.

Paulina Ziepfel era muy bien considerada por la Gestapo y por el personal de Berghof. Incluso se le reveló algunos secretos de Oberzalzburg. Así, tuvo ocasión de visitar los sótanos secretos del chalet, que se encuentran a dos pisos bajo tierra y que fueron dispuestos especialmente para proteger al Führer en caso de ataque aéreo o de bombardeo.

De estos sótanos parte un subterráneo viejo de varios siglos que llega hasta los aledaños de Salzburgo. Parece que Hitler tuvo la oportunidad de trasladarse varias veces de incógnito a Austria, por cuanto las autoridades austriacas ignoraban la existencia de ese pasaje y su salida.

—La Gestapo, me dice Paulina Ziepfel, es una potencia colosal y «entra» en un 80 por 100 en la vida del Führer. Así, el contrato del personal doméstico está hecho por ella. Hitler no recibe jamás personalmente ninguna carta; toda correspondencia es abierta y leída antes por los agentes de Himmler.

En cambio, el Führer decide directamente todo cuanto se refiere con las medidas de indulto. Paulina Ziepfel, que tenía un hermano encerrado por un pecadillo, dirigió una súplica al Führer, que ordeno de viva voz la liberación del prisionero.

Durante su estancia en Berghof, Paulina Ziepfel tuvo ocasión de entrever los huéspedes ilustres del Führer. El más generoso fué el rey de Rumanía que, durante su visita a Berchtesgaden, entregó cincuenta marcos de propina para el pequeño personal.

Paulina Ziepfel relata todavía que algunas horas antes de la llegada de Hitler a Oberzalzburg llegaron de Berlín dos criadas especiales encargadas de preparar su dormitorio y hacer su cama. El servicio doméstico está asegurado por un grupo de jóvenes altos y buenos mozos que acompañan al Führer por doquiera.

Hitler no duerme nunca de noche. Se pasea a lo largo de su aposento ampliamente iluminado. Toda la noche medita y trabaja. A las ocho de la mañana se acuesta y duerme un poco hasta mediodía. Sus baúles están siempre preparados: sus colaboradores, a ejemplo del jefe, deben estar siempre listos para partir, viviendo en un estado de alerta permanente.

Por la tarde, cuando hace buen tiempo, es frecuente ver a Hitler escalar so'o la montaña donde se encuentra un «Thehaus» (casa de té) construida especialmente para él.

«¡ADIOS, BERGHOF!»

En tanto que Paulina Ziepfel trabajaba en Berghof, se preguntaba con angustia a dónde había ido a parar su marido. Creía que siempre estaba prisionero. Empero, éste se hallaba en libertad y se refugió en Viena en cuya ciudad encontró un empleo en la Sociedad de Navegación del Danubio en calidad de mecánico. Allí fué donde el Anschluss le sorprendió. Tuvo que huir y refugiarse en Yugoslavia.

En ese momento, los esposos pudieron darse sig-

EL CAMINO DRAMATICO DE UNA NACION

Tres veces en un cuarto de siglo, Polonia sufrió el yugo del extranjero: 1772 - 1793 - 1795



ESTAS TRES FECHAS RESUMEN EL MARTIRIO DE UN PUEBLO LIBRE Y GENEROSO QUE, HOY COMO AYER, CONTINUA RESUELTO A LUCHAR POR SU INDEPENDENCIA.

EN 1921 el gobierno polaco creó su orden nacional «Polonia Restituta», Polonia Reconstituída. En efecto, desde 1795, Polonia no existía. Su pasado era glorioso, su historia se había convertido en un largo martirio donde se inscribían, como otras tantas estaciones de un horrible camino de la cruz, las tres fechas de 1772, 1793, 1795.

1772 PRIMER REPARTO

Polonia está absorbida por entero en la busca y elección de un rey. Catalina II de Rusia intriga por su candidato, Francia también, que apoya su pretendiente, el príncipe de Conti. Por fin, en 1764, Estanislao-Augusto Poniatowski es proclamado por la Dieta y... es desposeído en 1770.

Francia se inquieta y envía una misión militar con el general Dumouriez, dinero, armas, municiones, pero, habiendo caído en desgracia el Ministro Choiseul, su sucesor, un timorato y un mediocre, circunscribe la política de su país dentro del rango de una potencia de segundo orden.

Rusia, que acaba de derrotar a los turcos, considera que Polonia le pertenece. Federico II, el rey de Prusia, envía a su hermano a San Petersburgo para proponer el reparto de la nación codiciada; pero el fastuoso embajador fracasa. El rey de Prusia vuelve a la carga, la convención del reparto es firmada en febrero de 1772: los ejércitos extranjeros invaden el suelo polaco en agosto.

no de vida. Hans ordenó a su esposa que viniera a unirsele. Paulina pidió autorización para ausentarse, que le fué concedida inmediatamente, así como el permiso para salir del Reich. La Gestapo le extendió un certificado de trabajo muy elogioso. Los esposos Zipfel se encontraron en los alrededores de la frontera rumana, en Yugoslavia y, como no tenían el visado, tuvieron que cruzar la línea divisoria clandestinamente.

Otra danza polaca, conservada a través de las vicisitudes históricas del país que ama a San Wenceslas. Esta se baila por los Kárpátos, ya mirando a Hungría,

to sin encontrar resistencia. Polonia es amputada en las dos quintas partes de su territorio.

El primer reparto es una iniciativa prusiana.

1793 SEGUNDO REPARTO

El 3 de mayo de 1791, la Dieta polaca vota una constitución inspirada en las ideas de libertad que habían hecho explosión en Francia. Prusia es la aliada de Polonia, pero se alarma de esta manifestación. «Yo creo, escribía el ministro prusiano de Relaciones Extranjeras, que Prusia no debe pensar más en la adquisición de Dantzig desde que el reino de Polonia es hereditario. Polonia llegará a ser peligrosa para Prusia».

Para resarcirse de las derrotas que los revolucionarios franceses infligieron a los Imperiales, van a vengarse sobre Polonia.

Prusia conquista las simpatías de Austria en las «entrevistas de Verdún y Luxemburgo», después las de Rusia en el curso del otoño de 1792. En enero de 1793 el acuerdo es realizado: Prusia se adjudica la Gran Polonia, Dantzig y Thorn... Polonia no cuenta más que con tres millones y medio de habitantes. El segundo reparto es también una iniciativa prusiana.

1795 TERCER REPARTO

Polonia, patriota en lo más profundo de sus entrañas, sufre terriblemente en silencio. Su constitución liberal es reemplazada por una nueva carta, dictada por los países dominadores. El país tiene un sobresalto de energía. Los descendientes

Al cabo de algunos días llegó a Timisoara un certificado de nacionalidad francesa enviado de Mosela; el documento atestigua que Hans Ziepfel, nacido en la localidad de Rombas, tiene derecho a la nacionalidad francesa. Inmediatamente, las diligencias fueron hechas para obtener los pasaportes. El cónsul de Francia en Munich extiende un pasaporte a Paulina Zipfel.

El cronista le ha pregunta a Paulina Zipfel,



Polonia conserva, a través de todas sus vicisitudes, el celo por sus costumbres populares, que cultiva siempre con entusiasmo. He aquí un detalle de una danza que se baila más allá del Vístula.

de los héroes de Jagellon se convertirán en los héroes de Josciszko.

El jefe que va a inscribir una epopeya romántica y gloriosa en la historia de la libertad de los pueblos galvaniza todas las clases de la nación; es la guerra santa por la independencia. Cogido en el remolino de las fuerzas prusianas y rusas, el ejército polaco sucumbe. El rey Estanislao-Augusto deposita su corona y es el derrumbamiento: Prusia coge Varsovia, con la orilla izquierda del Bug y del Vístula; Austria recibe Galicia con Cracovia; Rusia se adjudica Lituania y Curlandia. ¡Se acabó Polonia! «Finis Poloniae», había exclamado Kosciuszko cuando se le recogió ensangrentado y prisionero en el último campo de batalla.

o o o

El 8 de octubre de 1918 el consejo de Regencia proclama «El Estado Polaco reconstituído y unificado».

El 17 de febrero de 1919, Paderewski asume las riendas del gobierno y el 20 de febrero Pilsudski es elegido primer presidente de la República polaca.

Polonia se convierte en la quinta potencia europea.

En septiembre de 1938, Alemania complace a Polonia y le cede un pequeño trozo de Eslovaquia. En la primavera de 1939 el Reich reivindica Dantzig. En agosto, Dantzig no es más que una parte de sus reivindicaciones y ciertos periódicos nazis hablan de un cuarto reparto; pero un reparto en sentido único ya que solamente se beneficiaría Alemania. Ha anexionado Austria, pero Rusia obrando mejor, ha retirado sus tropas de la frontera polaca a fin de liberar a Varsovia de toda preocupación de la retaguardia.

Francia está ligada a Polonia por una alianza militar. Inglaterra está a punto de hacer otro tanto. Rumanía es una vecina amiga.

Polonia, gran nación, económica, cultural y militar, no se encuentra ya aislada: está incluso dispuesta, en la calma y la dignidad, a seguir su destino.

francesa sin saberlo ella siquiera, cuáles son sus intenciones para el porvenir:

—Regresar a Francia, nos responde sin vacilar; mi marido cumplirá sus deberes militares. En cuanto a mí, espero encontrar un poco de trabajo; tengo buenos certificados.

Certificados de la Gestapo, extendidos en favor de una francesa que sirvió siete meses en el retiro solitario de Adolfo Hitler, en Berchtesgaden.

LA VISITA DE WINSTON CHURCHILL A LA Línea Maginot

y sus Experiencias Guerreras

CHURCHILL, QUE HA ESCRITO LIBROS SOBRE TEMAS MILITARES, ES EL PRIMER CIUDADANO CIVIL A QUIEN SE LE PERMITE VER LAS CELEBRES FORTIFICACIONES FRANCESAS.— CUANDO CHURCHILL REORGANIZO LA ARMADA BRITANICA ANTES DE LA GRAN GUERRA Y CUANDO SE LE HIZO DIMITIR A CONSECUENCIA DEL FRACASO DE GALLIPOLI.— EL OPORTUNISMO DEL POLITICO INGLÉS A QUIEN MAS ODIÁ HITLER.



WINSTON CHURCHILL REGRESA DE SU VISITA A LA LINEA MAGINOT.—Winston Churchill, a la izquierda, y el general Georges, del ejército francés, al llegar a una estación de París después de haber inspeccionado la famosa Línea Maginot. Churchill es el primer extranjero civil que la ha visitado.

WINSTON Churchill, el primer ciudadano civil que ha visitado la célebre Línea Maginot francesa, es el autor del libro «Mientras Britania dormía» — un libro dedicado a levantar el espíritu bélico de los ingleses—y uno de los personajes británicos—los otros son Eden y Duff Cooper—que más han alimentado la llama del furor de Hitler contra Inglaterra.

A Churchill corresponderá buena parte de la responsabilidad—si es que los acontecimientos del futuro exigen la depuración de esas responsabilidades—de que Inglaterra, la soberbia Albión, gestionara una alianza con Rusia después de la desmembración de Checoslovaquia, y fuera humillada por Stalin de la manera más sangrienta, entendiéndose con Alemania mientras representaciones militares inglesas y francesas buscaban ansiosamente en Moscú una alianza con el coloso moscovita.

Se dice que el señor Churchill gana veinte mil libras anuales con sus actividades literarias. Y se dice también que de buena gana cambiaría esas veinte libras por las cinco mil que devenga al año el Primer Ministro británico.

Esa ambición de Churchill por llegar al poder ha sido la razón de su oportunismo que él nunca ha tratado de esconder y lo ha llevado a fracasos tan rotundos como el que sufrió el 7 de diciembre de 1936, cuando, en mitad de la crisis que culminó con la abdicación de Eduardo VIII, quiso hablar en la Cámara de los Comunes.

—¿Puedo preguntarle a mi honorable amigo el Primer Ministro—comenzó diciendo—si nos puede dar la seguridad de que ningún paso irrevocable...

No pudo seguir, interrumpido por los gritos de los representantes del pueblo, que le decían a voz en cuello:

—¡No! ¡Síntese!

Al día siguiente «The Times» aseguraba que aquella había sido «la repudiación más contundente de la moderna historia parlamentaria». Y se le acusaba de haber abrigado la esperanza de crear el partido del rey.

Se creyó que la carrera política de Churchill—que lo había llevado nueve veces al Gobierno, ocho como ministro liberal y una como conservador—había terminado con aquella pifia. Pero el descen-

diente del duque de Marlborough tenía otra carta que jugar: su campaña agresiva contra el nazismo. De ese modo durante la crisis de septiembre de 1938 que culminó en el pacto de Munich, se predijo que en el caso de una guerra con Alemania nada podría impedir que Churchill fuera uno de los puntales del gobierno que se formara.

Winston Churchill ha publicado dieciséis libros, la mayoría de los cuales ha tenido carácter militar. Han sido libros bien escritos que han puesto de relieve sus conocimientos en cuestiones militares, pero que, según sus críticos, «denotan una inhabilidad temperamental para distinguir entre lo que incumbe e interesa a cada cual». No cabe duda de que Hitler estaría de acuerdo con semejante juicio.

Mr. Churchill formó parte de un ministerio integrado por figuras tan relevantes en la política inglesa como Asquith, Haldane, Grey, Lloyd George y otros. E incluso con tan luminoso grupo, el entonces joven ministro supo brillar con luz propia. De él se dice que expresó Mr. Asquith en una ocasión: «Es un genio sin juicio».

A Churchill se le concede buena parte del crédito de haber reorganizado antes de la guerra, siendo Primer Lord del Almirantazgo, la Armada británica. Pero durante la gran conflagración se le obligó a dimitir a raíz del fracaso de la campaña de Gallipoli, estratégicamente dirigida con brillantez por Churchill, pero llevada a la práctica por generales incompetentes.

Después de la guerra y toda vez que el partido liberal ya no tenía posibilidades para sus miembros, Churchill descubrió «que toda la vida había sido un «Tory». Antes de que el proceso del cambio de color se completara, Churchill se presentó al electorado como «Liberal Free Trader», como «Antisocialista» y como «Constitucionalista». Bajo esta última denominación, los electores del distrito de Epping lo devolvieron al Parlamento.

En 1929, ya tornado conservador, Mr. Churchill formó parte del Gabinete de Mr. Baldwin como «Chancellor of the Exchequer»—Ministro de Hacienda—cargo que mantuvo hasta 1929. Sus amigos dicen que en los diez años que han transcurrido desde entonces, Mr. Churchill se ha desesperado viendo cómo individuos que no eran nadie en la época en que él se codeaba con los Asquith y los

Grey, han sido encargados de llevar las riendas del Gobierno.

Del Primer Ministro Mamsay MacDonald, Winston Churchill se expresaba así: «Tiene más que ningún otro hombre la facultad de dedicar la mayor cantidad de palabras a la menor cantidad de pensamiento». Stanley Baldwin le inspiraba más respeto, pero en 1935 exteriorizó su resentimiento contra él en estas palabras «Antes era más inteligente: acostumbraba a consultarme y seguía mis consejos».

En cuanto a Mr. Chamberlain, el hombre del paraguas, Winston Churchill se ha llevado muchas veces las manos a la cabeza, aparentemente desesperado por la política débil del hombre que él llama despectivamente «el sepulturero de Birmingham».

PENSAMIENTOS

El hombre es como una definición; hoy la vemos en el diccionario y mañana la hemos olvidado.

El tiempo lo mejora todo menos a las mujeres. Es que ellas fueron perfectas desde la partida...

Miente para salvar a un amigo de apuros y nunca olvidará que eres un buen mentiroso.

Si las mujeres escribieran siempre primero la post-data se evitarían escribir las cartas.

La riqueza no hace la felicidad, pero no conozco a nadie que no desearía hacer el experimento.

Los sombreros dan hoy día más la medida del cerebro que de la cabeza de las mujeres.

Un pequeño vicio esconde a los ojos de sus vecinos muchas grandes virtudes de un hombre.

Otra vez la trágica historia de una



REINA de FRANCIA

por MAURICIO GOUDEKET

Esta es la primera vez que se publican las cartas de María Antonieta a Catalina II, y una respuesta no terminada de la Emperatriz, emocionantes documentos descubiertos recientemente y de un interés histórico excepcional.

Un apunte de Catalina II de Rusia en 1796, hecho en Moscú. (De los archivos diplomáticos de la URSS). Al lado: María Antonieta, apunte que se conserva en la colección de Valentine Thomson.



MI señora hermana, aprovecho la primera ocasión segura, en que me es posible expresar a Vuestra Majestad los agradecidos sentimientos que mi alma abriga por todo el interés que no cesa de mostrar acerca de nuestra cruel situación: pero señora, mi corazón o estaría satisfecho si no se os abriese enteramente con la confianza que vuestro interés, la nobleza de vuestra alma y de vuestro gran carácter saben inspirar tan bien.

La que, con una escritura rápida y sin tachaduras, traza estas líneas, es una reina en desgracia. Son las 11 de la noche y se ha quedado sola, por fin. Soledad tanto más precaria, después de la huida de Varennes, puesto que se ha prohibido a María Antonieta echar el cerrojo a su puerta, y los guardias nacionales, cuyos insistentes pasos resueñan en el piso de las Tullerías, la guardan acaso menos que la vigilan.

Tiene frío. Tirita. Su mano izquierda aprieta nerviosamente la tela de muselina de Indias que la cubre los hombros. El cuarto que ocupa, en el bajo del viejo palacio se calienta mal y el aire glacial de diciembre traspasa las puertas.

De su antiguo lujo le queda muy poco. ¿Dónde están los vestidos de brocado, los «falbalás», las plumas, los diamantes, los extravagantes peinados de Leonard? Si a los treinta y seis años María Antonieta continúa siendo bella, a pesar de un ligero cansancio que se acusa en sus rasgos, abandona sus cabellos de los que platean algunos mechones, que caen naturalmente. Sus vestidos, ahora, son sencillos y estrictos.

Su atuendo es lo que hoy le preocupa menos. La desgracia ha fortalecido singularmente su carácter. Aturdida hasta entonces, y medianamente capaz de tener fijeza, desde hace dos años, sin embargo, mientras el rey se halla inmerso en la indolencia y la tergiversación, es ella la que toma todas las decisiones, buenas o malas. ¡Ella sola negocia con los partidos y también—¡ay!—con el Extranjero! Por espiada que esté, escribe, y hace llegar por vías clandestinas, a sus destinatarios una enorme correspondencia. Hasta muy tarde, por la noche, su pluma rasguea el papel.

«Abandonados enteramente a nosotros mismos, sin nadie a nuestro lado de quien fiarnos, voy a tratar de trazaros nuestra situación, y pido de antemano la indulgencia de Vuestra Majestad. No

conozco la política y su lenguaje. Sólo el interés de mi corazón me guía».

EN LA CIMA DE SU GLORIA, UNA SOBERANA DESPOTICA

Palabras para conmovir la piedad de otra que no fuese la soberana a la que iban dirigidas, que, al otro extremo de Europa, concluye, abrumada de gloria, un reinado deslumbrante. ¡Qué contraste entre Catalina II de Rusia, pequeña, gruesa, llena de grasa, que, con su doble barbil'a y sus narices aguilieñas, tiene a los sesenta cumplidos, el aire de un viejo procurador! Esa Catalina omnipotente y despótica, enterrada en el escándalo y la autoridad, y la frágil María Antonieta a la que todo se escapa, a la que todo se niega.

«Voy a partir de una época que es muy interesante que Vuestra Majestad conozca perfectamente para juzgarnos. El rey ha aceptado la Constitución, no porque la creyese buena, ni siquiera ejecutable, sino que la aceptó para no dar pretexto a mayores perturbaciones y desgracias en el reino, que los facciosos no hubieran dejado de atribuir a su negativa: la aceptó con la esperanza de que pudiesen apreciarse mejor todos sus defectos y con el aire de hacerla, francamente, ejecutar, para probar, con ella misma, que no se podía ir adelante».

A pesar de su repugnancia, el rey aceptó la Constitución tres meses antes, el 13 de septiembre de 1791. Entre el poder real y la nación reina una tregua falaz. «La revolución ha terminado», proclamó el 1 de octubre el Municipio de París. María Antonieta no quedó convencida. La nueva Asamb'ea, la Legislativa «es peor» que la antigua, que contenía por vez primera un fuerte partido republicano. No más que el rey tenía la intención

EL GRITO DE ANGUSTIA DE MARIA ANTONIETA A CATALINA II DE RUSIA.—VIGILADA DIA Y NOCHE, SIN EL DERECHO DE CERRAR LA PUERTA CON CERROJO, MARIA ANTONIETA, DESDE EL FONDO DE SU DESESPERACION, LLAMA CLANDESTINAMENTE A SU SOCORRO A OTRA MUJER, LA MAS PODEROSA SOBERANA DE EUROPA, PERO ESTA NO SE DIGNO RESPONDERLA.

de que la Constitución fuese aplicada. La Asamblea no parecía contenta con la ventaja lograda. Todo el mundo traiciona en ese momento, porque el desgraciado Luis pareció dar su aquiescencia a la Constitución. Los príncipes extranjeros claman por la traición contra el mandato divino y amenazan con abandonarle.

«Aceptó, en fin—continúa María Antonieta; y su rostro se crispa—por la ignorancia completa que tenía de las disposiciones dadas al respecto, por las otras potencias. ¡Ah, señora! No debo yo quejarme, pero, quienes debidos a sus lazos de la sangre, del honor y del interés podían, debieron informarnos, sostenernos en esos momentos de temores vanos, que no debo atribuir más que a consideraciones en favor de nuestra seguridad personal, más nos dejaron en una total ignorancia de las intenciones exteriores. Abandonados a nosotros mismos ¿qué podíamos hacer? Precisaba aceptar para intentar que volviese a sí la mayoría de la nación, dada de lado sólo por una horda de facciosos y forzados, y para salvar la vida y la existencia a la parte constituida por gentes honradas que aún están en Francia y que, fieles a su rey y a su deber, pero demasiado débiles y abandonadas como nosotros, hubieran sido las primeras víctimas».

«No fuimos, pues, arastrados por sentimientos de ninguna debilidad; el temor de nuestros propios peligros no puede ganar nuestras almas, los envilecimientos que hallamos sin cesar, las indecencias de que somos testigos sin tener ninguna fuerza, sin poseer ningún medio de detenerlos y reprimirlos. La perversión de todo cuanto nos rodea, la desconfianza que siempre tenemos, incluso en nuestra mayor intimidad ¿no es una muestra

maison ma Soeur; l'intérêt dont
votre majesté, veut bien nous
faire donner l'assurance, est une
grande consolation dans nos
peines: comme nous souhaitons
que rien dans notre concordat
soit caché nous avons désiré
que m^{rs} de Simolin son ministre
voulut bien se charger pour
vous d'une affaire très délicate
et qui exige autant de prudence
que de secret.
nous ne pouvons nous empêcher
de croire que l'empereur, a été
induit en erreur, par des
informations fausses, tant à
l'égard de nos sentiments person-
nelles, qu'à l'égard de véritable
état des affaires d'ici; nous

souhaitons qu'il soit débarrassé
de la manière prompte et franche
dont, m^{rs} de Simolin, a accepté
la proposition de notre part.
nous a bien fait reconnaître
en lui, un fíel serviteur, de
v. m. et en quelques jours, pour-
rions nous remettre plus sûrement
nos intérêts les plus chers, que
dans les vôtres, madame, et
dans celles de vos ministres,
qui avec toute la prudence et
le jugement de son esprit, a tant
vu, et a pu fournir depuis
le commencement de la revolu-
tion, un jugement impartial
sur tous les évènements, et qui
nous a montré par son exemple
dans toutes les occasions intérieures

et attachement, le roi, et moi
desirons donc, madame que vous
ayez suivi notre idée, si le
bien de votre service admet
cette course, et que vous veuillez
bien auprès vous dans cette
demande de notre part, une
preuve de la confiance intime
que nous avons en elle.
Votre majesté, la royauté, existe
notre admiration, au point d'être
nous lui sommes attachés par
des liens plus étroits et plus
doux ceux de l'amitié et de
la reconnaissance.
à Paris le 3^o décembre 1791
Marie Antoniette
ayant eu occasion de voir m^{rs} de
Simolin, j'ai été très étonné de
l'histoire que j'ai déjà écrit, que j'ai
à vous dit, m^{rs} de Simolin, n'est
pas elle, mais c'est de ma part.

Un fragmento de la carta dirigida por María Antonieta a Catalina II de Rusia, que se conserva en los archivos de los Soviets. En ella la reina de Francia daba las gracias a la emperatriz rusa, por sus esfuerzos, rogándole que los continuara, para salvar a los reyes de Francia.

moral y continua mil veces peor que la física que nos libera de todos los males? Vuestra Majestad que conoce bien todos los géneros del valor, debe pensar seguramente que el de sufrir tales tormentos es el mayor de todos. Pero ya os he hablado de cosas tan entristecedoras; hay que pensar en el remedio. Y a vuestra generosidad y gran alma nos dirigimos con nuestra confianza.

Desde el mes de julio he pedido, he conjurado al Emperador para que se ocupe de estos asuntos: desde entonces tengo dado un plan a mi hermano para reunir un Congreso armado, en el que habrán de reunirse todas las potencias. Las fuerzas que acompañasen a este congreso permanecerían detrás para imponerlo y, al mismo tiempo, para evitar las desgracias que la aparición de un ejército extranjero pudiese ocasionar en el interior del reino: el momento era entonces urgente y si el Emperador me hubiese respondido hubiera fijado nuestra conducta acerca de la aceptación; esta misma gestión del rey podría cambiar en algunas cosas, más no en el fondo: el proyecto del Congreso me parece que podría llevar a un fin sólido y feliz para este país, donde la diferencia de opiniones, y la acritud de los partidos, así como todo, pone obstáculos a un acuerdo cualquiera, sin la intervención de las potencias.

EL PLAN PUERIL DE MARIA ANTONIETA

Antes de proseguir, María Antonieta, ha ido a escuchar, con la oreja pegada a la puerta de su salón si nadie podría sorprenderla. Tiene por el momento la felicidad de estar persuadida de que el rey y la patria se confunden, y puesto que se confunden, que salvar al rey es salvar al Estado. Sin embargo, tal vez ya no ignora que si un día el pueblo le pide cuentas de las palabras que ahora escribe, éstas podrán pesar contra ella, con un peso mortal. El proyecto del Congreso es suyo. Se trata de una reunión de todos los soberanos reforzada con una concentración de tropas. Una y otra se harán con tan gran secreto que las amenazas de los príncipes y el ruido de las armas no se oirán hasta llegar a París. Lleno de pánico, entonces el pueblo se precipitará a los pies de Luis XVI, suplicándole que salve al país de la guerra y de la invasión. Plan pueril, amenaza irrisoria. ¿Pero cómo tener perspicacia cuando se está tan sola y la desesperación va ganando cada día más terreno?

Aparte algún clamor lejano, algún chasquido

sordo, unos pasos que cruzan, nada turba la noche y el silencio, y María Antonieta se reintegra a su tarea:

«Pero el rey al aceptar la Constitución ha hecho como si obrara libremente; él nunca debió argüir por nada su falta de libertad: son los hechos de su cotidiana situación los que prueban lo que es. Precisaría que el Congreso no se reuniese aparentemente más que en virtud del interés y del equilibrio general de Europa. Este país da bastante materia para ello. La persona que se encargue de hacer llegar esta carta a Vuestra Majestad podrá, al mismo tiempo, enviarla las notas que he redactado con motivos principales, antecedentes del Congreso. Es esencialísimo que no aparezcamos para nada y que aquí hagamos como si siguiésemos exactamente el camino que hemos adoptado para no despertar sospechar y poder inspirar su confianza, que únicamente puede conducirle al pueblo a su reintegración, cuando haya experimentado su miseria y las desgracias a que le arrastra el estado actual. Para para ello es necesario que actuemos en el sentido conveniente y que nadie más que nuestros amigos verdaderos, conozca nuestros verdaderos sentimientos. El camino es difícil, estoy de acuerdo en ello, pero es seguro, sobre todo si Vuestra Majestad quiere ayudarnos.

»A vuestra cordura, Señora, y al ascendiente que debéis gozar por vuestras bondades, encomendamos nuestros más caros intereses y deseamos acepte guiarlos, en el sentido que, sin descubrirnos a nuestros enemigos, les probase que no podrían sino perder su demasiado desgraciada partida actuando de un modo parcial y que aunque tuviesen fuerzas superiores no podrían emprender nada; además precisaría que los príncipes y todos los franceses quedasen atrás. El mal empieza a dejarse sentir aquí y con un poco de constancia y de paciencia habremos de alcanzar nuestro fin en el interior. Mas para ello se precisa, fuera de una imponente fuerza, que puede motivarse, sin peligro, por un Congreso armado, que teniendo de un lado a los príncipes, se imponga en el otro, a los facciosos y de, a las gentes moderadas de todas partes. un medio de fuerza y un lugar de reunión. Vuestra Majestad ve que abuso de la confianza que me inspira, pero me daría tanta satisfacción deber nuestra felicidad a una soberana, como vos, que por su gran carácter ha ganado ya todos mis sen-

timientos de adhesión y de admiración, que me sería muy grato añadir el del agradecimiento.

María Antonieta.

París, 3 de diciembre de 1791.

«Perdone, señora, si termino sin ceremonia, mas no conozco la etiqueta. El rey que me ha permitido escribir a Vuestra Majestad me encarga de decirle, que todos nuestros sentimientos son comunes, y que la ruego, si tiene algo que comunicarnos, sea por el señor Barón de Breteuil, que posee toda nuestra confianza, ya que es tan esencial para nosotros el absoluto secreto de todo».

ULTIMA GESTION

Catalina no se dignó contestar. Gustavo III de Suecia hizo algo peor: Devolvióle a Luis XVI una carta sin abrir. Sin amañarse, María Antonieta vuelve a la carga. Al saber que Juan Simoline, embajador de Rusia en la Corte de Francia va a regresar a su país, le convoca a las Tullerías con el fin de darle un segundo mensaje para Catalina.

He aquí el texto de esta nueva carta de María Antonieta a Catalina:

«Mi señora hermana: el interés que desea manifestarnos Vuestra Majestad es un gran consuelo para nuestras penas: como deseamos que nada de nuestra conducta se le oculte, hemos querido que el señor Simolin, su ministro, deseara encargarse, en nuestro favor, de un asunto muy delicado y que exige tanta prudencia, como secreto.

«No podemos privarnos de creer que el Emperador ha sido inducido a error por falsas informaciones, tanto respecto a nuestros sentimientos personales, como acerca del verdadero estado de las cosas de aquí; deseamos que sea informado: la manera rápida y franca con que el señor Simolin ha aceptado la proposición de parte nuestra nos ha hecho reconocer en él a un fiel servidor de Vuestra Majestad y en ningunas manos podríamos nosotros poner mejor, ni con más seguridad nuestros caros intereses, que en las vuestras, Señora, y en las de uno de vuestros ministros, que, con toda la prudencia y la cordura de su espíritu, ha visto todo y ha podido formar, desde el principio de la revolución, un juicio imparcial sobre todos sus detalles y, que nos ha mostrado en todas las ocasiones interés y adhesión. El rey y yo deseamos, pues, Señora que aprobéis nuestra idea, si la bondad de vuestro favor admite este encargo y que

EL ATAQUE A LOS COMUNISTAS y las investigaciones del COMITE DIES

EVIDENTEMENTE, en el estado norteamericano de Texas no comulgan con el comunismo. No los quieren, sobre todo, en la ciudad de San Antonio donde cinco mil ciudadanos indignados penetraron el 25 de agosto en el Auditorio Municipal donde los comunistas celebraban un mitin, y lo acabaron por el procedimiento más expedito que se conoce: a trastazo limpio.

No hay que olvidar que San Antonio es una población donde residen muchos millares de mejicanos más o menos contaminados de las auras libertarias que se respiran al otro lado de la frontera. Y no hay que pasar por alto, tampoco, el hecho de que cuando se celebró el mitin a que nos referimos, ya el mundo había sido conmovido por la explosión del pacto ruso-alemán, que ha hecho que los comunistas del patío hayan perdido mucha de la simpatía con que los miraban los demócratas norteamericanos que miraban con menos recelo a los discípulos de Stalin que a los admiradores de Hitler.

Lo acaecido en Texas ha tenido doble repercusión porque los agresivos ciudadanos que rompieron las sillas del Auditorio y combatieron a pedrada limpia los métodos coaccionadores de la policía—tales como mangueras de agua, bombas lacrimógenas, etc.—, pretenden ahora hacer responsable al alcalde Maury Maverick de lo acontecido. Según ellos, el alcalde nunca debió dar permiso a los comunistas para reunirse en un edificio municipal cuando le habían pedido que no lo hiciera.

Maverick habla, por el contrario, prometido a los comunistas que el mitin se realizaría «de acuerdo con sus derechos constitucionales», sin que se ejercieran violencias por parte de nadie. Y ahora al parecer, se cree obligado a perseguir a los revoltosos, entre los que se cuenta Alexander Boynton, petrolero y antiguo candidato a gobernador del estado de Texas por el partido republicano. Por su parte setecientos de los ciudadanos «conservadores» que usaron piedras como armas contra las autoridades, celebraron un mitin en el que se propugnó la depuración de responsabilidades del alcalde, y en el que Mr. Boynton fué orador principal.

El grupo atacante estaba integrado por buen número de miembros de la Legión Americana y otros veteranos de la guerra, así como por varios grupos religiosos y cívicos, los cuales no discutían que los comunistas no tuvieran derecho a reunirse, pero sí condebán al alcalde por haberles cedido el Auditorio Municipal para tal propósito. Parece que la propia comisión municipal que entiende de esos menesteres, estaba dividida sobre si se debía ceder o no el Auditorio a los comunistas, y que fué el alcalde ahora censurado quien la «maniobró» con

ANTES DE QUE EL MITIN COMUNISTA FUERA «ROTO».—El padre Marcus Valenta, señalado por la flecha, trata de disuadir a una masa de 5.000 ciudadanos que había decidido que los comunistas no celebraran un mitin en San Antonio, Texas. A pesar de la elocuencia del sacerdote, el mitin fué «roto» a trastazos.



el propósito de que la petición de los veteranos fuera denegada.

Mientras tanto, el Comité Dies del Congreso norteamericano sigue investigando las incursiones de comunistas y fascistas en los Estados Unidos. Y los periódicos de todo el país conceden al tema de las actividades de uno y otro bando informaciones de carácter revelador. De una de esas informaciones—del «Saturday Evening Post»—son los siguientes conceptos:

«Los fascistas norteamericanos perdieron su caudillo en ciernes al ser asesinado Huey Long. Desde entonces han estado buscando con gran afán quién le reemplazara. En la actualidad hay varios candidatos prometedores y numerosos pretendientes de segunda categoría. Pero el caballo que debería montar el jefe está todavía sin jinete. Ese hecho ha puesto dique, sin duda, a la acción de los fascistas, pero no les ha detenido por completo. Por el contrario, uno de los factores distintos del fascismo norteamericano es que sin un Mussolini, ni un Hitler, ni aun un Oswald Mosley, sigue prosperando y extendiéndose. La fuente de esta prosperidad tiene cierto misterio. Pero de la expansión del movimiento no cabe duda. El caudillo, cuando se presente, si se presenta, tendrá algo que acaudillar.

Lo que acaudille no será nada grato a la vista ni fácil de manejar. En sus filas militarán algunos ciudadanos sinceros; y con ellos un conjunto heterogéneo de extranjeros, fanáticos y descontentos, tan odioso como el que más ha abusado de los privilegios de la democracia. La única colección comparable a ésta es la de los comunistas. De ahí se deriva, en parte, la rivalidad entre ambos sectores: ambos viven al borde de la locura. Entre uno y otro han organizado y dado cohesión al grupo de alienados políticos, al que han prometido el reino de los cielos. En épocas menos violentas que las actuales, ello no habría alarmado a

nadie. Hoy, empero, los alienados políticos tienen que ser tomados en serio. En demasiadas partes sus payasadas han dado lugar a hechos que han cambiado el curso de la historia.

Es imposible decir cuántos grupos hay en Estados Unidos que podrían ser calificados de fascistas. Se ha afirmado que su número asciende a 300, cifra que es indudablemente exagerada. Aproximadamente unos cien de esos organismos han sido objeto de un examen atento por parte del comité Dies. El estudio más serio del movimiento que se ha hecho hasta ahora contiene una lista de entre 150 y 160 grupos cuyas tendencias fascistas aparecen con bastante claridad y que, por el hecho de imprimir y hacer circular con regularidad su propaganda, escaparían a la clasificación de lirios de un día.

Es difícil penetrar más allá al hacer un estudio estadístico del fenómeno. No existe ningún Manual del Fascista y ninguna fuente central de información como la que tienen los comunistas en su cuartel general proletario de Nueva York. Las cifras relativas a determinadas asociaciones están rodeadas por un velo aparentemente impresionante de reserva. El testimonio de los caza-fascistas no es más digno de crédito que el de los caza-comunistas. Además, los fascistas, como sus rivales los comunistas, llevan a cabo sus actividades detrás de una cantidad de telones. Algunas de las personas y de las agrupaciones que les prestan ayuda no son, según el criterio oficial, fascistas. En la perigonza comunista, son «compañeros de viaje». Como los comunistas, también, los organismos fascistas no permanecen estáticos. Los antiguos cambian de nombre según los dictados de la conveniencia o de la prudencia, y surge todos los días alguno nuevo. Sin conformarse con una sola agrupación, algunos de los dirigentes del movimiento tienen varias. Yo he conocido a uno que tenía seis».

Vuestra Majestad quiere también ver en esta gestión, por nuestra parte, una prueba de la entera confianza que tenemos en ella.

«Vuestra Majestad ha excitado siempre nuestra admiración y hoy estamos ligados a ella por los lazos más estrechos y más dulces, los de la amistad y el agradecimiento.

«Este, 1 de febrero de 1792.

María Antonieta».

«Habiendo tenido la ocasión de ver al señor Simolin a solas conmigo, me he creído en el deber de informarle de que ya había escrito una vez a Vuestra Majestad. Confío en que no desaprobará esta confidencia por parte mía».

CATALINA II ESTUVO A PUNTO DE CONTESTAR

Acaso por la recomendación de su embajador, Catalina, recibida esta segunda carta, decide por fin contestar a su «hermana».

«Mi Señora hermana: Habiendo recibido sucesivamente las dos cartas de Vuestra Majestad del 3 de diciembre y de 1 de febrero últimos, me hubiera precipitado a responder inmediatamente si no hubiese creído deber a su situación una gran reserva acerca de toda correspondencia que, sin proporcionar a Vuestra Majestad, los datos necesarios y las opiniones que pudiera, esencialmente serle precisos, hubiera podido comprometerla inútilmente. Por esta consideración he querido esperar las resoluciones de las Cortes de Viena y Berlín sobre las diferentes propuestas que les he hecho relativas a los asuntos de Francia, y también para anunciaros, Señora, el partido que yo tomaba y la determinación que, a conocimiento de las ideas de esas Cortes, era.....»

Y, después, bruscamente, se detiene, sin que nunca podamos saber por qué. Su carta no la continuó jamás: jamás María Antonieta habría de recibir de Catalina una sola palabra de aliento,

o de compasión. Catalina muy ocupada con el nuevo reparto de Polonia ¿llegó a juzgar a fin de cuentas, sobre la fútil materia? ¿Qué es lo que se lo impidió? ¿Qué ministro o qué aspirante a favorito? ¿O acaso una inesperada fatiga la dejaría asolada? Es poco probable. La vieja húsar estaba firme aún en su puesto. Conservaba bien la vista, buen diente, un apetito y unos sentidos aguzados. No habría de morir sino cinco años después, el tiempo para enguillar una última provincia y un último jovencuelo.

Para su desgracia, María Antonieta, digna de tanto reproche, y de tanta piedad, hasta la hora en que, con la cabeza alta, había de subir los pedanos del patíbulo, permanecerá sola, irremediablemente sola.

Paris, agosto, 1939.

(Documentos méditos proporcionados por Zinovy Lvovsky)

UN CASANOVA A LA SILLA ELECTRICA

CUANDO sólo contaba 16 años, ultrajó a una muchacha de trece que paseaba un domingo con sus hermanitos, a la que cautivó con su labia e invitó a pasear en un bote. Aquel crimen, realizado en una tranquila comunidad del estado de Pennsylvania, inició la carrera de este nuevo Casanova que ilusionaba a las mujeres y convencía a los hombres.

El último de los delitos contra la honestidad realizado por Herbert W. Goddard, culminó en el asesinato de la joven de 17 años, Ruth Frances Dunn, una linda muchacha de Miami. Ruth creyó a Goddard un «hombre del cine» y no tuvo inconveniente en acompañarlo, en unión de su amiga de 19 años, Jean Bolton, «a hacer una prueba fotogénica en Palm Beach».

No habrá que decir que no llegaron nunca al pretendido destino, porque a la altura de Boca Raton el auto de Goddard abandonó la carretera y se internó hacia la espesa manigua, donde las dos muchachas quedaban a merced del sátiro. Entonces Goddard sacó un revólver y les expuso cuáles eran sus intenciones. Miss Bolton, cabaretera de mayor experiencia que su amiga, aceptó la situación en forma resignada y se dejó amarrar y amordazar por Herbert. Miss Dunn, inexperta e histérica, comenzó a dar gritos desaforados, y su secuestrador la calló golpeándola en la cabeza con el puño del arma.

Cuando Goddard estuvo seguro de que Miss Bolton no podría escapar ni llamar la atención de nadie, dejándola en el automóvil recogió en sus brazos el cuerpo desmayado de Miss Dunn y lo condujo a un paraje escondido. Después, como la chica reanudara sus gritos, la ató a un árbol y clavó en su corazón un cuchillo de carnicero.

En la mañana del tercer día la otra muchacha, fingiendo siempre doblegarse a los designios de su atormentador, logró ponerse en comunicación telefónica con su familia en Miami, pidiéndole a una

LA COMPAÑERA DEL ASESINO TESTIFICA CONTRA EL.

Beth Collar, la muchacha que acompañó a Herbert Goddard en un viaje de Denver a Miami y que en el camino se desposó con él de manera «sui generis», retratada al salir del juzgado de Miami donde testificó contra su amante. Goddard asesinó a la joven de 17 años Ruth Frances Dunn, después de haberla violado.



tía que con toda discreción acudiera a rescatarla. De ese modo pudo ser avisada la policía—que ya estaba buscando a las dos muchachas por todas partes—y ser detenido el sátiro, al que el populacho de los alrededores quiso linchar al ser descubierto el cadáver de la infeliz Miss Dunn.

Goddard es hijo de un ingeniero neoyorquino ya fallecido, que se divorció de su esposa cuando el muchacho, de inteligencia muy brillante, tenía solamente nueve años. Tanto su padre como su madre se volvieron a casar y el chico fué a residir a la casa de su padrastro, que residía en el estado de New Jersey.

La primera vez que Goddard tuvo que ver con la justicia fué a la edad de catorce años, como consecuencia del robo de un diamante. Al verse de nuevo en libertad se alistó en el Ejército—pretendiendo tener más edad—del que desertaba poco después. Cuando violó a la muchacha de Pennsylvania

iba en viaje—a salto de mato—hacia Filadelfia donde a la sazón residía su madre.

Tres meses después de aquel atentado, fué detenido en un colegio filadelfiano, en los momentos en que ensayaba una obra dramática, pues el muchacho tenía brillantes condiciones para la escena. Fué condenado a pasar una docena de años en un reformatorio, pero a los treinta y cuatro meses se le dejó en libertad e inmediatamente continuó su carrera de crímenes.

Fué a Nueva York y su padre le obtuvo un empleo que abandonó para raptar a una muchacha que salió de su casa con el propósito de acompañarlo a un baile, y quiere que no fué a parar a... Florida. Goddard le dijo a su compañera que había atracado un banco y que por lo tanto tenía que huir, pero la verdad era que había comprado un automóvil con un cheque falso, un cheque que su padre, el ingeniero militar, tuvo que hacer bueno.

A partir de entonces, cada nueva fechoría lo encontraba al lado de una nueva fémina. Hubo un momento—cuando a principios de la actual década fué a residir a California, con su madre, y allí triunfó como escritor para la radio—en que pareció ir a asentar su vida. En San Francisco conoció a una joven de buena familia con la que se casó y de la que tuvo dos hijos. Pero apenas si había nacido el segundo—que ahora tiene tres años—cuando volvió a sentir el vértigo de la aventura. De ese modo, siempre acompañado de mujeres distintas, fué profesor de artes dramáticas en Denver director de escena en Miami y fullero y trapionista en todas partes.

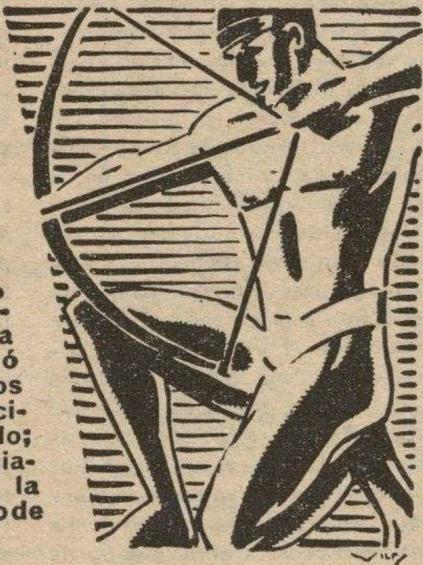
En Miami, donde encontró a la infeliz muchacha cuya muerte pagará en la silla eléctrica, conoció también a la única mujer que, según propia confesión, llegó a amar en su vida. Tratábase de la artista Jay Meredith, con la que no tuvo inconveniente en casarse a pesar de que cuando lo hizo todavía no se había divorciado de él la madre de sus hijos. Cuando Jay determinó abandonarlo la amenazó, no con matarla a ella, sino con quitarle la vida a otras personas que le fueran queridas.

Ultimamente se había encontrado con Beth Collar, una de sus discípulas en la época en que tuvo en Denver la academia de artes dramáticas. La instó a que lo acompañara a Miami, donde podía conseguirle empleo como actriz, y como la muchacha se sintiera cada vez más apasionada de él, en el auto en que viajaban—el mismo en que secuestró a la desgraciada Miss Dunn—celebraron sus esponsales: ella le colocó su sortija en el dedo y los dos se consideraron desde entonces como marido y mujer.

La luna de miel quedó interrumpida cuando el desequilibrado Casanova, que ahora dice que quiere morir, llevó a la práctica su felonía postrera...

VIGOR!

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rapido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, deben tomar vino de



Pinceladas sobre RUAN



Por Renato Villaverde

RECUERDOS DE UNA VISITA EN CUARESMA.—LA FAMOSA CATEDRAL DE LA ANTIGUA CAPITAL DE LA NORMANDIA.—VIENDO LA PLAZA EN QUE FUE QUEMADA JUANA DE ARCO.—ALGUNOS MONUMENTOS GOTICOS DE LA CIUDAD MUSEO.—LA VIEJA VILLA OJIVAL, PRODIGA CUNA DE GRANDES HOMBRES.—LO UNICO VERDADERAMENTE PARISIEN QUE HAY EN RUAN.

ARRIBA: Fachada gótica del Palacio de Justicia de Ruán. AL LADO: Un aspecto de la calle de la Grosse Horloge. A su fondo el famoso Arco que sostiene el reloj más antiguo del mundo.

NO podría preciar cuántas escapadas he hecho a Ruán. Seis, ocho, quizás diez. La «ciudad museo» de Francia, verdadera catarata de arte gótico, me atrae con irresistibles cantos de sirena. He pernoctado en Ruán algunas veces, mientras en otras ocasiones la he atravesado como un bólido, con el tiempo contado para almorzar o comer «sur les pouces» en algunos de sus típicos restorancitos, haciendo escala en viajes diversos al Havre. El Ruán medioeval y dormido es un sedante para los espíritus sumidos en el fragor de esta centuria mecanizada.

Hace ya casi una media docena de años que fui a Ruán por primera vez. De todas mis excursiones a la antigua Capital de la Normandía, guardo de aquella tarde de cuaresma el más firme recuerdo. Revolviendo en mi archivo hallo las empolvadas notas que me sirven de base para hablarlos hoy de la más interesante ciudad de Francia.

El francés ama a París, y los parisienses lo adoran; pero éstos sienten como nadie la necesidad imperiosa de irse al campo cada vez que la faltriquera y las fiestas del calendario lo permiten. Cuando dos o tres días de asueto se agrupan, París se vacía, las carreteras se abarrotan de automóviles y las estaciones de ferrocarril se ven obligadas a triplicar sus servicios de trenes para la «banlieue», rebajando, en cambio, las tarifas. Aquellos días de Semana Santa que coincidieron con mi primera visita a Ruán, no fueron excepción a la regla. Aprovechando la corriente de dispersión y un cómodo automóvil de amable amigo, enfilamos hacia la ciudad que para Francia significa lo que Toledo y Florencia para España e Italia.

Los ciento treinta kilómetros que la unen a París, de carretera ancha y pulimentada, procuran un viaje suave de contemplación de la exuberante campiña francesa, mientras el Sena, caudaloso y cambiante, va bordeando la ruta, coqueteando con ella, unas veces a la derecha y otras por la izquierda, pero siempre con su corriente saltarina y pizpireta como pimpante «midinette» que sabe haber atravesado el corazón de París.

Pocos kilómetros antes de llegar a Ruán, un declive del terreno lo presenta apilado y pintoresco, en visión única, levantando su radio junto al río

y las torres agudas de sus iglesias escapando ágiles del conjunto y completando su belleza. La vista de Ruán, a lo lejos, tiene el encanto sublime de lo inefable.

Ya en la villa, la moderna agitación que el progreso y la civilización han aportado, especialmente en la margen del Sena, que lo convierte, aunque parezca paradójico, en uno de los primeros puertos de Francia, no resta a la ciudad su fisonomía imborrable; el estilo milenario de arquitecturas pretéritas; sus construcciones enjutas y adosadas avaramente unas contra otras; los vericuetos de sus calles zigzagueantes y estrechas «como si las casas tampoco quisieran separarse mucho», en fin, todo lo que una ciudad de meditaciones puede mostrar a la frívola pupila del siglo XX.

Es la maravillosa Catedral, orgullo de Francia entera, lo que con más fuerza nos conmueve en la ciudad de Ruán. Es un monumento digno de estudio, edificado por etapas entre los años 1200 a 1500, que constituye el más admirable resumen del arte francés desde el siglo XII hasta nuestros días. Forma un magnífico conjunto con las dos torres entre las que está enclavada, de 77 y 75 metros de altura. La de la derecha, la Tour de Beurre—Torre de Mantequilla—, es llamada así por haber sido construida con los ingresos que este producto rendía durante la Cuaresma. La Torre de Saint Romain, a su izquierda, se yergue altiva sobre su magnífica base romana, rematando en agudo techo del siglo XV, que alberga la gran campana de Juana de Arco. Entre estas dos macizas torres la Catedral levanta la suya, doblándolas casi en altura, sutil, aérea, sedienta de infinito, como saeta lanzada de poderoso arco que pretenderá clavarse en el firmamento.

Desde el costado de la Catedral, por la típica callecita de la Grosse Horloge, se llega a la Plaza del Mercado Viejo, donde fué quemada Juana de Arco en 1431. La callecita mediada, se topa con el Grosse Harloge, macizo puente sobre el pavimento que sustenta el magnífico reloj que, al igual que el puente, fué construido en el siglo XV, y que es en su clase la obra de relojería más antigua del mundo.

Una vez en la Pláce du Vieux Marché nos encontramos ante el testigo mudo del suplicio final

de la Doncella de Orleans. Sobre sus losas carcomidas por los siglos, está señalado el sitio—como una huella de deshonor para la historia de Inglaterra—que levantó la pira donde fué quemada la ejemplar Juana de Arco. En la Torre Donjon, no lejos de allí, construida por Felipe Augusto a principios del 1200, fué donde recibió estoicamente el tormento con que el oscurantismo de tan triste época pretendió inútilmente aniquilar la inquebrantable fe de aquella valerosa Pucelle d-Orleans.

La iglesia de San Maclou, es una exquisita filigrana gótica de los siglos XV y XVI. Quizás lo más interesante de esta iglesia—aparte de los 82 metros de altura de su torre—, sea su poderosa puerta tallada en madera, representando diferentes escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, que se atribuye al arte incomparable de Jean Goujon.

Espléndido su Palacio de Justicia, verdadera maravilla del arte ojival, y que fuera el antiguo Parlamento de la Normandía. Especialmente su Sala de la Cour d-Assis, con el esplendor de un techo formidablemente tallado en roble con incrustaciones de oro, revela todo el arte suntuoso del Renacimiento.

Miles de cosas interesantísimas vimos en nuestro pasaje meteórico por la ciudad de Ruán, en aquella lejana tarde de cuaresma. Después, las hemos vuelto a contemplar y estudiar con toda calma en diferentes ocasiones. La iglesia de San Vicente; el templo Protestante levantado en el siglo XVI, con su airosa torre estilo Renacimiento; el antiguo Teatro Francés, llamado de la República después de la Revolución de 1839, y que ha sido convenientemente reconstruido a fines del siglo pasado; el Palacio de los Cónsules que alberga la Bolsa y la Cámara y el Tribunal de Comercio, con su soberbia escalera que domina una bella estatua de Luis XV, del escultor Coustou; los 240 metros del puente Boildieu, con la inscripción señalando el lugar donde se arrojaron al Sena las cenizas de Juana de Arco; el atrio de San Maclou, viejo cementerio; la iglesia de Saint Ouen, antigua abadía benedictina, con su admirable torre coronada, obra de arte de la arquitectura ojival normanda; la Plaza del Hotel de Ville con su estatua de Napoleón I, hecha por Dubray, y fundida con el bronce de los cañones tomados en Austerlitz. Y, ¿para

Se Filma La Novela "Rebeca"



«REBECA», la novela de Daphne du Maurier cuya publicación ha constituido uno de los éxitos literarios más grandes registrados últimamente en Inglaterra y los Estados Unidos, va a ser llevada a la pantalla en Hollywood por el productor cinematográfico David O. Selznick.

Para dirigir la nueva película ha sido contratado especialmente el director inglés Alfred Hitchcock, quien actuará por primera vez en Norteamérica con ese motivo. Los principales papeles de «Rebeca» les han sido encomendados a la gran actriz Judith Anderson y al notable actor Laurence Olivier (en la foto).

Toda vez que «Rebeca» ha sido traducida ya al español y comienza a ser ampliamente conocida en nuestros países, es de suponer que la nueva cinta será recibida en Hispanoamérica con gran interés cuando llegue el momento de su distribución, que no se hará esperar mucho.

COMO ERA DE ESPERARLO

Dos familias Miller vivían en la misma calle. En un mismo día un señor Miller partió para un largo viaje y el otro murió. Pocos días después la viuda recibió el siguiente telegrama: «Llegué bien. Hace un calor de los demonios».—(Hamburger Illustrierte).

o o o

DE ACTUALIDAD

La tía—¿Qué harás, Inesita cuando llegues a ser una niña grande hecha y derecha?
—La niña.—Reducir.—(Dublin Opinión).

o o o

ESCUELA HITLERIANA

Ella.—Oiga, oiga, caballero, veo que sigue usted el mismo sistema que Hitler.

El—¿Por qué?

Ella.—Porque al principio usted sólo pedía «un poco de territorio» y a los pocos momentos ya pretende usted hasta las colonias.

o o o

Bajo el título «Locura a izquierda y derecha» «The American Mercury» reproduce párrafos de órganos autorizados de expresión comunista y fascista en Estados Unidos, entre los cuales se leen estos dos:

«Hace poco asistí a un mitin callejero de los partidarios del Padre Coughlin. El orador destilaba odio y veneno hacia toda idea progresista. Por un momento creí que estaba en Berlín».—(Carta en el Daily Worker)

«¿Han asistido ustedes alguna vez a un mitin comunista? Los oradores son todos ignorantes que apelan a los más bajos instintos de sus oyentes. Por un momento creí que estaba en la Rusia Soviética». (Carta en «The Defender»).

ENTRE ELLAS

En la Iglesia durante la ceremonia matrimonial. Una de ellas.—Figúrate que llegó a la casa a vender al padre una póliza de seguros. El padre resultó mejor vendedor que él y aquí lo tienes en el altar.—(Colliers)

—Me apuesto dos pesetas a que se llama usted Dorotea o Matea...

—¿Y por qué lo supone usted?

—Porque le aden los ojos, y eso tiene que acabar en «tea» a la fuerza.

o o o

No existe el hombre que no tiene algún toque de estúpido.

o o o

Tiene menos posibilidades de realizar su objetivo en este mundo el hombre que quiere ser bueno que el que quiere ser grande.

o o o

La mujer que no fuera vulnerable al halago sería dueña del mundo.

o o o

Egoísta, para nosotros, es el hombre que habla siempre de sí cuando uno quiere hablar de uno mismo.

BESTIARIO



—Ahí lo tienes, tratando de cabiar la voz a barítono!



—Pero mamá: ¿otra vez ese hombre?



—Dice que le muelas esto en el organillo.

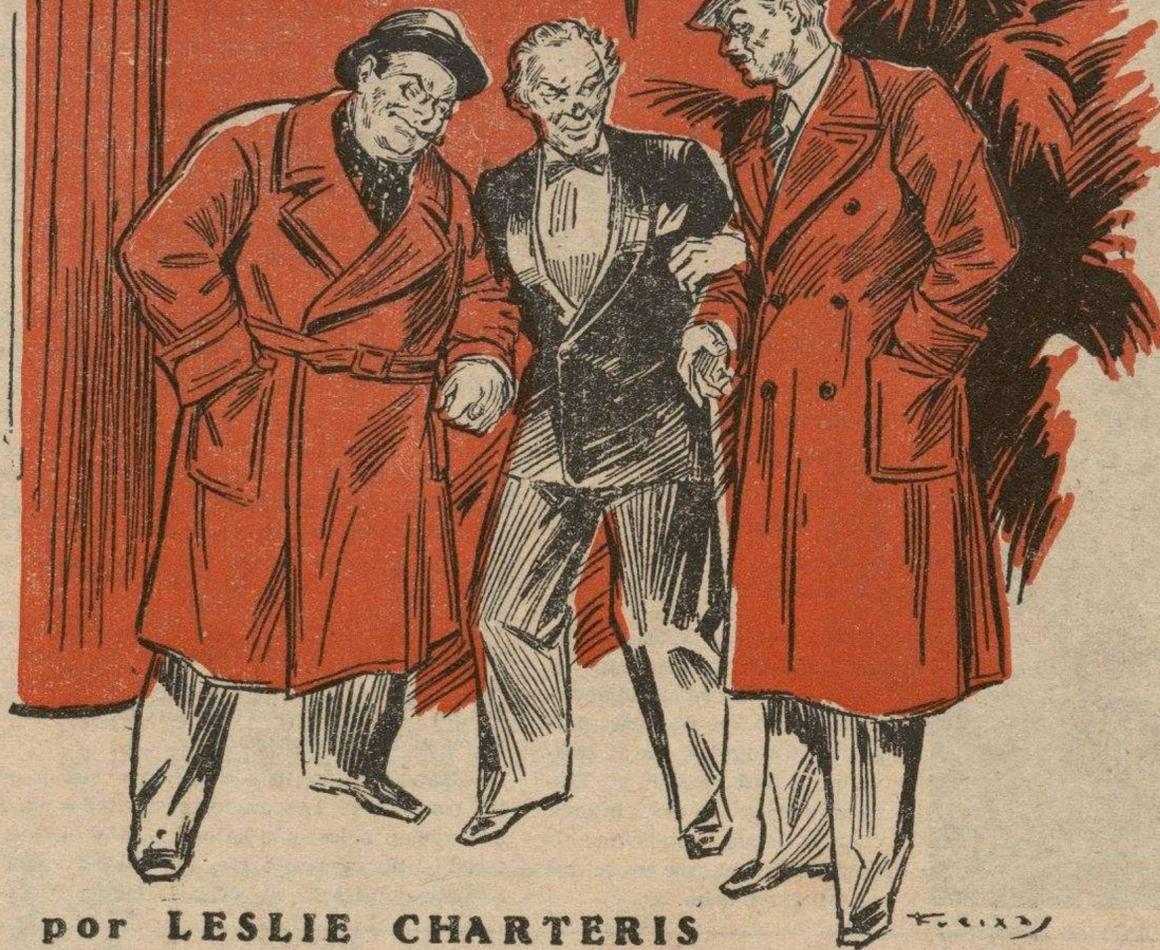
qué seguir? Ruán es un derroche de arte, de vida pretérita que obliga al recogimiento y a la meditación, donde cada piedra guarda un recuerdo, cada esquina una historia, cada calle una leyenda.

Pero si Ruán no fuera famosa por sus extraordinarias construcciones, sería célebre también por haber sido cuna de grandes hombres de Francia. Allí nacieron los hermanos Corneille, Pedro y Tomás; Padrón, el desgraciado rival de Racine; Fontenelle, sobrino de Corneille, polifacético en su copiosa producción como poeta, prosista, filósofo y geómetra, que para ventura de la herencia intelectual que dejó a Francia vivió justamente cien años; Flaubert, el más grande estilista quizás que ha producido el mundo, y que inmortalizara los deslices de la sensual Madame Bovary; la célebre

artista la Champmeslé, que fué la mejor intérprete de las obras de Racine; maestros del pincel como Retelier, Jouvenet y Restout; el arquitecto Blondel, que tan decisiva influencia ejerció, con sus nuevas creaciones, en la arquitectura francesa del siglo XVIII; músicos de gran talla, tales como Bieldieu—cuya nombre lleva el puente a que nos hemos referido poco antes—y Lenepveau; y entre los grandes hombres de ciencias, Guy de la Brosse, botánico y médico famoso de Luis XIII, fundador del Jardín de Plantas, de París; de la Salle, que reconoció el Mississippi y dió a Francia la Louisiana; el químico Dulong, el naturalista Pouchet, el General Garcin, y otros muchos nombres de grandes hombres que harían esta lista inter-

minable para mayor gloria de la ciudad de Ruán. Siguiendo el hilo de nuestros recuerdos en aquella tarde cuaresmal en que visitamos a Ruán por vez primera, señalaré la última emoción y el último contraste Ya con el crepúsculo, antes de iniciar el viaje de regreso, en el Café «Victor», junto al Sena—lo único verdaderamente parisién que hay en Ruán—, tratábamos de organizar nuestros pensamientos frente al aperitivo obligatorio en Francia. Trabajo inútil, aun en la soledad más absoluta. Ruán giraba incesante en torno nuestro, mientras una orquesta ratonera, desde una tribuna situada en el centro de la terraza del café, con sus fogosos músicos melencidos, hería el recuerdo de las emociones recibidas, atacando irreverentemente «La Donna e mobile», con rudo escarnio de la memoria de Verdi... Agosto, 1939.

LA PISTOLA AUTOMÁTICA



por LESLIE CHARTERIS

L inspector Teal puso los codos sobre la mesa y desdobló lentamente el papel que envolvía una tableta de «chewing-gum».

—En nuestro oficio, las cosas se desenvuelven siempre de la misma manera—prosiguió.

—Se nos ocurre una idea, preparamos nuestra red y, guiados por nuestros informadores, atrapamos al criminal. Entonces se desarrolla, ordenadamente, una serie de operaciones fastidiosas, destinadas a recoger los informes y las pruebas indispensables para establecer la acusación. Así trabaja un detective. Y así hubiera procedido Sherlock Holmes si hubiese pertenecido a Scotland Yard.

Simón Templar sonrió y pidió la cuenta al camarero. Eran las dos de la madrugada. La orquesta tocaba todavía, pero los clientes no bailaban ya y abandonaban el hotel en pequeños grupos.

—Tal vez tenga usted razón, Claudio—dijo al fin Templar, respondiendo con cierto aire de distracción a la declaración de Teal.

—Tengo razón, indudablemente—declaró el inspector—. Pero sé que usted desprecia los procedimientos metódicos y seguros.

Simó pagó. Los dos hombres se levantaron, atravesaron la sala casi vacía del restaurante y llegaron al hall del hotel.

Invitado a comer por Templar, Teal había aceptado. El inspector sentía una irresistible simpatía por el joven aventurero. La jovial audacia de Templar le agradaba y le irritaba a la vez, pues hacía años que tenía entablada con él una lucha de la que esperaba salir vencedor. En esta pugna, el inspector representaba la ley fría y metódica, y Simón Templar la inspiración fogosa e independiente. Sin embargo, los dos adversarios aceptaban a veces una especie de tregua. Además, en ciertas ocasiones, Teal había recurrido a su rival para resolver problemas especiales que no eran de la competencia de Scotland Yard.

—Venga a verme la próxima vez que me encarguen una investigación criminal—dijo el policía

con insólito entusiasmo, del cual eran en parte responsables los vinos generosos que habían bebido durante la comida—. Podrá ver cómo trabajamos.

—Iré con muchísimo gusto—dijo Templar sonriendo.

Cogió su sombrero y lanzó una mirada hacia el fondo del hall. La puerta del ascensor acababa de abrirse, dando paso a tres hombres que se dirigieron hacia la puerta de salida. Ninguno de los tres andaba con seguridad. Dos de ellos llevaban sombrero y abrigo; el uno era alto y lucía un bigote negro; el otro era bajito, colorado y llevaba lentes. El tercero—el anfitrión, probablemente—era un hombrecito calvo, que pasaba de los cincuenta años. El aspecto de su nariz, redonda y colorada, revelaba una pronunciada afición a los licores fuertes. En resumen; el anfitrión parecía haber bebido más que sus invitados.

—Este tipo de la nariz roja es Lewis Enstone—dijo Teal, que conocía a todo el mundo—. Sería ya uno de los financieros más poderosos del mundo... si bebiera más agua.

—¿Y los otros dos?—preguntó Templar.

—Comparsas—contestó el inspector—. El más alto se llama Abel Costello. El de los lentes es Julio Mammel. Pertenecen a esa categoría de delincuentes que actúan al margen de la ley y que usted persigue incesantemente.

Encendiendo un cigarrillo, Simón Templar examinó con curiosidad a los tres individuos.

Enstone cogía por los brazos a sus dos amigos, para manifestarles su afecto y al mismo tiempo para mantener su equilibrio.

—¿Comprenden?—decía Enstone con voz pastosa—. Yo hubiera querido, pero... los negocios son los negocios. Ya veremos más adelante.

—Gracias, querido amigo—dijo Hammel con una rígida gravedad de borracho.

—¿Quiere que almorcemos juntos el martes?—propuso Costello.

—Con mucho gusto—aceptó Enstone.

—Y no olvide a los muchachos—dijo Hammel.

—Descuide—repuso Enstone, echándose a reír. Alzó el brazo derecho, cerró el puño, estiró el índice y levantó el pulgar. Después, apuntando a Hammel entre los dos ojos, gritó:

—¡Arriba las manos!

Los tres se echaron a reír y se separaron después de cambiar fuertes apretones de manos.

Luego Lewis Enstone se dirigió hacia el ascensor con paso inseguro.

—¿Vive aquí Enstone?—preguntó Templar.

—Desde hace varios años—contestó el inspector.

Se dirigieron hacia la salida, pasando por delante de la administración, donde había un empleado. Este acababa de levantarse bruscamente, después de haber colgado el receptor del teléfono, y llamó a un criado. Su voz temblaba.

—¿Qué pasa?—preguntó el inspector.

—Señor... Mister Enstone... se ha suicidado.

Teal se sobresaltó y frunció el entrecejo. Si intervenía en el asunto malograría su noche de descanso. Después de un momento de reflexión, se encogió de hombros.

—Voy a ver qué ha ocurrido—dijo presentando su tarjeta al empleado.

Se encaminó hacia el ascensor. Templar le seguía. ¿No le había invitado Teal a presenciar su primera investigación?

—No comprendo por qué ha atentado contra su vida—refunfuñó el inspector.

Cuando el ascensor le dejó en el piso donde habitaba Enstone, Teal llamó a la puerta. Esta se abrió segundos después y apareció un rostro dolorosamente impresionado. Teal pronunció su nombre y la puerta se abrió completamente. El hombre que había recibido al detective era el administrador del hotel. Simón Templar entró también.

—¿Cree usted que podemos evitar el escándalo, señor Teal?—preguntó el administrador.

—¿Estaba usted aquí cuando se produjo el suceso?—interrogó el policía sin contestar la pregunta.

—No. Yo estaba abajo, en la oficina.

Casi sin prestar atención a la respuesta, Teal se acercó a una de las puertas que daban al pasillo interior. Y vio a otro hombre, muy pálido, pero que trataba de conservar la serenidad. La apariencia y la indumentaria de éste revelaban claramente su función: era el criado de Enstone.

—¿Quién es usted?—preguntó Teal.

—Fowler; señor; el criado de mister Enstone.

—¿Dónde estaba usted hace un momento?

—Aquí mismo, señor.

—¿Dónde está mister Enstone?

—En el cuarto.

Volvieron al pasillo donde los esperaba el administrador.

—Muchas gracias—dijo Teal—. Le buscaré en su oficina si lo necesito...

El administrador se marchó silenciosamente.

Lewis Enstone estaba muerto. Yacía en el suelo, boca arriba, cerca de la cama. Su cabeza descansaba sobre la alfombra, un poco inclinada hacia un lado. Se podían ver los orificios de entrada y de salida de la bala de grueso calibre que había causado su muerte. El proyectil había penetrado por la órbita del ojo derecho. La mano del mismo lado descansaba sobre una pistola automática.

—Apretó el gatillo con el dedo pulgar—dijo el inspector.

Teal se sentó en la cama, mientras Simón inspeccionaba el cuarto. Era una habitación lujosamente amueblada. Tenía dos ventanas cuyos postigos estaban cerrados. Sobre una mesa, en un rincón, veíanse los restos de un paquete abiertamente; papel obscuro, pedazos de cordel, una caja de cartón vacía... El financiero estaba vestido todavía; sólo se había quitado la corbata y desabrochado el cuello.

—¿Cómo sucedieron las cosas?—preguntó Teal al criado.

—Mister Enstone había invitado a comar a unos amigos...

—Lo sé. ¿Qué pasó cuando regresó mister Enstone?

—Fue a acostarse, señor.

—¿Estaba abierta la puerta de su cuarto?

—Desde luego, señor. Mister Enstone me dió ór-

colgadas en las paredes o colocados sobre los muebles; eran ampliaciones de instantáneas que representaban a Lewis Enstone en el seno de su familia, jugando con sus hijos. Sobre una mesita, cerca de la ventana, Simón descubrió un curioso objeto: un disco, sobre el cual se veían las siluetas de diez gallinas recortadas en madera. Cada una de aquellas gallinas se componía de dos piezas ar-



denes para mañana. Quería levantarse a las ocho. Me dijo que no necesitaba nada de momento y cerró la puerta. Entonces volví al comedor.

—Estaba abierta la puerta del comedor?

—Sí, señor. Pude oír perfectamente la detonación.

—¿Tenía mister Enstone algún motivo para atentar contra su vida?

—Al contrario, señor. En estos últimos tiempos la suerte le había favorecido extraordinariamente en la Bolsa.

—¿Dónde está su esposa?

—La señora de Enstone y los niños está en Madera. Los esperábamos mañana.

—¿Qué contenía ese paquete, Fowler?—preguntó Templar.

—Lo ignoro, señor. Seguramente lo trajo alguno de los invitados. Lo he visto sobre la mesa del comedor. Mister Enstone vino a cogerlo antes de entrar en su cuarto.

Llamaron a la puerta. Simón fué a abrir. Era el médico forense. Templar aprovechó aquella interrupción para ir al comedor. Sobre la mesa estaban todavía las tazas que habían contenido café, las copas de licor, los ceniceros. Pero eso no le interesaba. Lo que deseaba era descubrir algún indicio referente al carácter o a las costumbres del hombre que había ocupado aquel departamento durante varios años. Se veían algunas fotografías

ticualas: el cuerpo y la cabeza. El disco presentaba varios agujeros a través de los cuales pasaban cintas que estaban atadas al cuello de las aves. Aquellas cintas se unían abajo, alrededor de una bola de madera. Cuando se levantaba el disco, la bola oscilaba y este movimiento se comunicaba al cuello de las gallinas, de modo que parecía que daban picotazos.

Simón Templar examinaba el juguete atentamente cuando oyó que el inspector decía a su espalda:

—¿En esto pierde usted el tiempo?

—Es un juguete curioso—repuso Simón.

Luego se volvió hacia Fowler para preguntarle:

—¿De quién era ese juguete?

—Mister Enstone lo había traído esta misma noche para dárselo mañana a Anabella—contestó el criado—. Se interesaba mucho por los juguetes y adoraba a los niños.

Teal mascaba goma, pensativo.

—Si usted ha terminado ya, podemos ir a acostarnos—dijo al fin a Simón.

Este aprobó con un movimiento de cabeza.

Simón Templar regresó a su casa, absorto en sus meditaciones. Según las apariencias, el financiero había atentado contra su vida. Las ventanas estaban cerradas. Un criminal no hubiera tenido tiempo de huir y de cerrarlas, desde el exterior, por algún medio complicado, puesto que el criado había entrado en el cuarto unos segundos después de la detonación. Sin embargo, teniendo en cuenta la forma en que Enstone se había despedido de sus invitados, era difícil aceptar la tesis del

suicidio. La única anomalía residía en el gesto de infantil amenaza que había hecho reír a sus invitados...

Aquel paquete abierto...

Al mediodía Templar se presentó en Scotland Yard y preguntó por el inspector Teal. Este lo recibió inmediatamente.

—¿Ya sabe usted por qué se ha suicidado Enstone?—interrogó Templar.

—No. El criado declara que especuló con una suerte extraordinaria durante el mes pasado.

—¿Interrogó usted a Costello y a Hammel?

—Los he citado y estarán aquí dentro de unos minutos.

Después, Teal pareció ensimismarse en la lectura de un informe. Ardía en deseos de interrogar a Templar, pero no se atrevía. Simón fumaba tranquilamente. Cuando llegaron Hammel y Costello, Teal miró fijamente a su amigo, pero no dijo nada.

Después se volvió hacia Costello.

—Quisiéramos saber por qué se ha suicidado Enstone, señor Costello—dijo el inspector—. ¿Desde cuándo lo conocían ustedes?

—Desde hace nueve o diez años.

—¿Puede usted sugerir algún motivo?...

—Ninguno, señor inspector. Su muerte nos ha sorprendido. Los negocios de Enstone eran ahora más prósperos que nunca.

—¿Han perdido ustedes dinero en alguno de los negocios patrocinados por Enstone?

—No, señor.

—¿Saben ustedes que podemos descubrir fácilmente la verdad?

—Su actitud me sorprende, señor inspector—



replicó Costello—. Estoy dispuesto a presentarle mis libros.

—¿Ha ganado usted o ha perdido recientemente en la Bolsa?

—He perdido. Tengo acciones de los «Algodones Internacionales».

Sacó una pitillera, tomó un cigarrillo y le aplicó la llama de un encendedor automático que Simón Templar observó curiosamente. Aquel encendedor era de forma extraña y producía, en vez de llama, una especie de fulgor incandescente.

—Es curioso—dijo Templar—. No había visto nunca un encendedor de esa clase.

Costello le mostró el encendedor, al mismo tiempo que decía:

—Lo he inventado yo.

—Es estupendo. Por supuesto, debe de ser imposible inventar un aparato tan admirable sin poseer sólidos conocimientos de mecánica.

—Desde luego—repuso Costello.

Y se volvió hacia el inspector, que en aquel instante preguntaba a su compañero:

—Usted es el socio del señor Costello... ¿Verdad, señor Hammel?

—Sí señor.

—¿Puede usted decirnos algo con respecto a mister Enstone... algo que se le haya olvidado a su socio?

—No, señor.

—¿De qué hablaron ustedes anoche durante la comida?

—De un proyecto de asociación. Nosotros poseemos la mayor parte de las acciones de los «Algodones Internacionales» y Enstone posee la casi totalidad de las acciones de los «Textiles Cosmopolitas». Como estas últimas tienen una cotización más alta, habíamos propuesto a Enstone la fusión de las dos sociedades.

—¿Qué respondió Enstone?

—Que no le dábamos garantías suficientes.

—¿No hubo ninguna discusión violenta entre ustedes?

—En absoluto. La conversación fué correcta en todo momento. Si los hombres de negocios que no llegan a ponerse de acuerdo sobre una cuestión técnica se convirtieran en enemigos, no habría en la ciudad dos hombres que se saludaran.

—¿En qué se ocupaba usted antes de dedicarse a los asuntos financieros, señor Hammel?—preguntó Templar.

—Era director de ventas en los almacenes de una importante industria de Midlands.

Teal dió las gracias a los dos testigos, los acompañó hasta la puerta y cuando regresó miró a su amigo y rival con la expresión de un caníbal que examina a un misionero.

Simón permanecía imperturbable.

—Los que tomen lección de usted—dijo—nunca aprenderán a descubrir a los criminales.

Teal se dejó caer en un sillón y se inclinó hacia delante mirando fijamente a Templar.

—¿De qué criminal habla usted?—murmuró—Enstone se ha suicidado.

—Es posible; pero, de todos modos, se trata de un crimen.

—¿Usted ha bebido!—gruñó Teal.

—El que bebió fué Enstone.

—Pero eso no explica el suicidio de un hombre cuyos negocios iban a pedir de boca.

—«Lo han» suicidado.

—¿Qué quiere usted decir?... ¿Un chantage?...

—No hay tal chantage. Sin embargo, «lo han» suicidado.

Templar había meditado detenidamente sobre la situación. No ignoraba que solamente Fowler podía despertar sospechas; pero ningún hombre de inteligencia normal se hubiera aventurado a fundar una acusación sobre las apariencias. En cuanto al chantage, no era prudente pensar en ello. La actitud del financiero al despedir a sus invitados no era la actitud de un hombre ante unos chantagistas.

—Lo habrán hipnotizado—dijo festivamente el inspector.

—¿Por qué no?—murmuró Templar—. Ese hombre hubiera aceptado cualquier cosa por divertir a sus hijos.

Teal abrió la boca, pero ninguna palabra salió de sus labios.

—Costello y Hammel sabían que los «Algodones Internacionales» seguirían bajando—prosiguió Templar—. En cambio, los «Textiles Cosmopolitas» continuaban subiendo. Los amigos del financiero podían prosperar de dos maneras: uniendo su negocio al de Enstone u obligando a este último a suicidarse. Este segundo negocio produciría la baja inmediata de los Textiles, y Costello y Hammel se apresurarían a comprarlos. Veá los periódicos de esta tarde y comprobará la caída vertical de esas acciones; el suicidio de un financiero causa siempre la misma confusión en la Bolsa.

—¿Y qué más?—preguntó Teal, cuya voz se había dulcificado.

—Hammel y Costello han cometido un estúpido error: Enstone no ha dejado ninguna carta.

—Un hombre puede suicidarse sin dejar una declaración escrita—observó el inspector.

—Es posible, pero no abundan estos casos.

—¿Y qué más?—le animó Teal con evidente curiosidad.

—Es preciso reflexionar detenidamente, amigo mio. Conviene escrutar las almas, emplear métodos de psicología práctica como si uno fuera el jefe de ventas de una importante industria...

Teal escuchaba desconcertado.

—Un buen vendedor estudia las debilidades humanas—prosiguió Templar—. El director de una fábrica de juguetes me confesó un día que aceptaba la idea de una nueva creación cuando el juguete en cuestión interesaba a un hombre de edad madura. Y es verdad. El dibujo humorístico que nos presenta a un padre entreteniéndose con el tren eléctrico de su chiquillo no tiene nada de inverosímil. Todos los hombres conservan algo de sus aficiones infantiles. Lewis Enstone es un ejemplo.

—¿Continúa usted pensando en el juguete que vió sobre la mesita?—inquirió el inspector.

—En el juguete y en otras cosas. ¿Se fijó usted en las fotografías?

—No.

—Una de ellas representa Enstone jugando con un tren eléctrico. En otra el financiero aparece disfrazado de oso. Los muchachos figuran también en ellas naturalmente pero el padre parece divertirse más que los hijos.

Teal se encogió de hombros y murmuró:

—Y eso ¿qué tiene que ver con el asesinato?

—Al principio disponía de escasos informes—continuó Templar como si no hubiera oído—. Sólo conocía el carácter de Enstone y sus debilidades. Después he descubierto que Hammel es un psicólogo, y que Costello es capaz de inventar y de fabricar un juguete mecánico. Este último no debía haber sacado su encendedor. Existe también la caja...

—¿Qué caja?

—La caja de cartón; la que estaba sobre la mesa, abierta y vacía. Fowler ha declarado que uno de los dos, Costello o Hammel, la llevó. ¿Dónde está?

—En algún rincón de nuestra oficina.

—¿Puedo verla?

Negligentemente, Teal cogió el transmisor del teléfono.

—También puede ver la pistola—dijo a Simón, antes de llamar.

—Bien; la veremos—repuso Templar.

Teal pidió ambas cosas. Esperaron en silencio. El inspector estimaba que Simón pleiteaba en una causa perdida de antemano y se alegraba interiormente pensando en la confusión de Templar cuando éste tuviera que decidirse a aceptar la teoría del suicidio.

Cuando se retiró el policía que llevó al despacho los objetos, Simón se levantó, cogió el arma y la depositó en la caja.

—Mire lo que ha sucedido, Claudio—manifestó—. Ellos le llevaron la pistola en la caja.

—Y Enstone se metió una bala en la cabeza sin saber cómo—gruñó Teal.

—Exactamente: él no sabía lo que hacía.

El inspector perdió los estribos.

—Déjese de hipótesis disparatadas. No estoy dispuesto a que me haga perder más tiempo...

Simón suspiró y se encogió de hombros. Luego, levantándose, dijo:

—Tengo una idea, Claudio. Venga a almorzar conmigo: así podrá descansar un poco. No le conviene seguir torturándose el cerebro. Conozco un nuevo restaurante. Voy a comprobar la dirección en la guía.

Consultó la guía telefónica mientras Teal se le-



vantaba y cogía su sombrero. Salieron juntos. Templar detuvo un taxi y dió la dirección.

Simón bajó el primero, pagó y entró en un gran edificio Teal le siguió y le oyó hablar en voz baja con el empleado del ascensor.

—¿Un restaurante sin fachada?—preguntó el inspector cuando estuvieron en el ascensor.

—Sí; lo abrieron hace poco.

Se internaron en un pasillo y Templar llamó a una puerta que no tenía ninguna placa indicadora. Una criada acudió a abrir.

—¡Scotland Yard!—dijo energicamente Simón y hallaron el paso franco.

—¿Qué significa esta broma?—preguntó Teal en un recido.

—No es una broma—repuso Templar gravemente—. He venido en busca de algo muy importante.

Su mirada recorría la sala, y se detuvo, al fin, en un ángulo, sobre una mesa que estaba cubierta de hilos y herramientas. Simón se acercó y abrió los cajones. Contienen clavos y piezas de cobre y de acero. Pero uno de los cajones estaba cerrado. Simón cogió un destornillador que había sobre la mesa e hizo saltar la cerradura inmediatamente.

Teal lanzó un grito y se precipitó sobre Simón, mientras el joven sacaba del cajón una pistola automática niquelada, igual a la que Enstone había empleado para suicidarse.

Durante una fracción de segundo, el inspector creyó que Templar se había vuelto loco.

—¡Deje eso!—gritó.

Luego lanzó otro grito al ver que Simón Templar apoyaba el cañón del arma contra su ojo derecho y apretaba el gatillo con el pulgar, imitando exactamente el gesto de Enstone.

Extendiendo rápidamente el brazo y cogiendo a su amigo por la muñeca, Teal desvió el cañón de la pistola.

Templar lo miró sonriendo.

—Gracias, Claudio. Ha tenido la intención de salvarme la vida, pero no era necesario. He aquí la pistola con la cual Enstone creía jugar.

—No entiendo una palabra—dijo el inspector. Sin responder, Simón repitió lentamente su ges-

Dentol

Científicamente creado según los trabajos de PASTEUR

No tema por su dentadura si Vd. usa la pasta científica DENTOL. Debemos tener en cuenta que la higiene de la boca solo se obtiene usando una preparación científica que limpie y desinfeste la totalidad de la dentadura. Con la pasta DENTOL, evitará Vd. la inflamación de las encías, alejará el peligro de las caries, blanqueará sus dientes y purificará su aliento. Entre los accesorios de su toilette no debe nunca faltar un tubo de pasta DENTOL.

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢

PASTA DENTOL
A BASE DE ANTISEPTICOS COMPUESTOS
Preparado según las formulas del doctor PASTEUR
Casa L. FRERE - 19 Rue Jacob, PARIS
Indispensable para la Higiene de la Boca
fabricado en Habana, Cuba Apartado 2143
Caja L. FRERE

Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

to anterior. Volvió a apoyar el extremo del cañón contra su ojo derecho y apretó el gatillo con el pulgar. Se produjo un ruido extraño. Después, Templar apuntó hacia el ojo derecho de Teal.

El inspector veía el interior del cañón de la pistola. Cuando Simón oprimió el gatillo, el negro agujero se convirtió en un círculo luminoso. Las imágenes se sucedían. Ahora se veía un niño que amenazaba a un bandido con un revólver.

—Un regalo de Costello para el hijo de Enstone—explicó tranquilamente Templar—. La inventó y lo construyó él mismo. ¿No ha visto usted nunca unas lámparas eléctricas que funcionan sin pilas? Basta apretar un botón de resorte para mover una minúscula dinamo. Costello ha utilizado este principio. El juguete era perfecto. Los

dos cómplices se lo regalaron a Enstone cuando éste se negó a aceptar su proposición financiera.

Enstone jugó varias veces con la pistola, y luego los dos criminales la substituyeron por otra de forma idéntica, pero cargada con balas...

—En ese caso, el hijo de Enstone podía haber sido la víctima—objeto el inspector.

—No. Los dos cómplices conocían bien al financiero. Sabían que era incapaz de resistir a la tentación de volver a jugar con el arma aquella misma noche. Le hablaron del juguete en el momento de separarse de él. Pero no sé por qué le cuento todo esto. Usted, con sus grandes recursos policíacos, no necesita ayuda de nadie...

Teal enrojeció, volvió la espalda a su amigo y se dirigió hacia el aparato telefónico para dar órdenes a sus agentes.



Sacha Guitry, EN LA ACADEMIA Y EN EL HOGAR

Sacha Guitry, comediógrafo y actor elevado a los 52 años a la Academia Goncourt de Francia, casó hace un mes en cuartas nupcias con la actriz de 25 años Genevieve Séréville, en la iglesia católica de Fontenay-Le-Fleury. Divorció de Yvonne Printemps, su «bien amada», hace dos años, y de Jacqueline Delubac, «su mejor mitad», a fines de 1938. Todas mujeres bellísimas y jóvenes, como la primera, que fué Charlotte Lyses.

SU CUARTA ESPOSA ES JOVEN Y BELLA, Y EL LAUREL DE LOS GONCOURT ORNA SU FRENTE GENIAL. — LAS AVENTURAS DE UN ILUSIONISTA DEL AMOR.—RECUERDOS DE YVONNE PRINTEMPS Y LA COMEDIA "QUADRILLET".—EL CATOLICISMO Y LA PATERNIDAD, UNICOS IDEALES.—UNA ESCENA QUE PARIS ESPERA CON SONRISAS Y EXPECTANTE CURIOSIDAD.

SACHA Guitry, dramaturgo y director teatral francés, acaba de tomar parte en una bella escena de la vida real: su cuarto matrimonio con la fascinadora actriz Genevieve de Séréville. Esta vez, se ha casado por lo católico, en la pequeña iglesia de Fontenay-Le-Fleury, cuya fachada y atrio dan la impresión de una decoración aldeana en las comedias amorosas que el preclaro autor lleva escritas entre su repertorio de más de cien obras. Un comentarista, al describir la ceremonia, se fijó más bien en «el hecho» y recordó con delección la frase sugestiva de Moliere: «La improvisación es la piedra de toque del espíritu».

LA INCOGNITA DEL MARIDO FELIZ

Los cuatro matrimonios de Sacha Guitry, a quien René Benjamín, de la Academia Goncourt, tituló «Rey del Teatro» en una obra llena de amables pinceladas, han sido cuatro aventuras del corazón. De la primera consorte, Charlotte Lyses, ya no se puede encontrar ni siquiera una buena fotografía para ilustrar crónicas de la vida de este formidable ilusionista del amor. Luego tuvo a Yvonne Printemps y a Jacqueline Delubac. De esta última decía que era su mejor mitad, pero es dudoso que pudiera profesarle una pasión tan intensa y delicada como a Yvonne y a la Lyses, mujeres de molde a la Guitry si las hay.

Jacqueline era su socia de oficio y contaba 25 años cuando casó con este Don Juan de 50. Genevieve de Séréville, de igual edad que su antecesora, «ha consentido», para usar el lenguaje de la Iglesia, en hacerse esposa de un hombre que le lleva 27 años. Po-

dría, pues, ser hija de su marido y haberlo hecho abuelo hace ocho años, y de todo eso hay en esta sabrosa aventura del maestro parisién, que en varias de sus comedias ha pintado a los maridos con matices de amantes, de paternales compañeros, y de distraídos viejos para quienes pasan inadvertidas a veces las invitaciones más emocionantes de la vida de casados.

En 1937, cuando todavía vagaba sobre el espíritu de Sacha Guitry el perfume exhilarante de Yvonne Printemps, el dramaturgo Henry Bernstein planteaba en su obra «Le Cap des Tempêtes» la cuestión de si un hombre de 50 años puede ser amado por una muchacha de veintitrés.

El personaje central de la obra, el doctor Menart, le arrebató la novia a Jacques Aubernon, una chica primorosa, Diane Didier, hija de una viuda que estaba interesada en el irresistible médico y que no puede resignarse a que su futuro amante se le convierta de repente en un respetuoso yerno. El desenlace presenta en escena al doctor Menart al lado de una cuna, y sumamente feliz con su joven consorte, pero Lucien Descaves, ilustre humorista, cree que ese final lo concibió Bernstein con los ojos puestos en la Academia Francesa, a guisa de fe en el conformismo y la moralidad propias de todo un aspirante a clásico.

UN REMEDIO PARA EL DESCONSUELO

Preocupado con la infidelidad de las mujeres, desde su ruptura con Yvonne, Sacha Guitry parece haber perdido el dominio técnico de la alta comedia que tantos éxitos le ha dado en las tablas francesas. Si conservara la actitud de diletante de aquel embrujador rey Francisco I que con sin igual destreza nos repre-

sentó en una de sus encantadoras películas, acaso no asomaría en sus disquisiciones sobre el amor la hiel de las propias experiencias. Francisco caminaba a paso de príncipe por un salón, jugando con una bola inflada de aire. «La Francia—decía—es como un pelota. Si se le tira fuerte sobre el piso rebota demasiado. Hay que jugar con ella, pero medirle el golpe a la mano».

Sacha Guitry no ha medido con precisión, según Descaves, las emociones crudas del adulterio y la infidelidad. En su obra «Quadrille», que es de la época en que sus relaciones con Yvonne comenzaban a ponerse difíciles, mariposea filosóficamente, y con agudo ingenio, sobre el tema, pero no lo aborda en su cabal realidad, sino que lo zarandea en los planos de la incertidumbre. Acaso es así como ve las cosas quien lleva la peor parte en las desilusiones del amor; nunca acaba de convencerse de la verdad, porque nada le desagrada más que la amarga píldora de verse descartado por una dama, o por cualquier mujer...

La solución que en la comedia «Quadrille» le dió Sacha Guitry al problema, es bien sencilla. Como la actriz Paulette Nanteuil dejara a su amante el periodista Philippe de Morannes para marcharse con un apuesto actor de Hollywood, y el burlado no pudiera hacerla recapacitar y casarse con él, se unió a la tabla de salvación de la amiga íntima de Paulette, una muchacha llamada Claudine.

LA TORTURA DE LA PERFECCION

Estos experimentos matrimoniales del notable comediógrafo servirían para otros tantos actos de una obra de sentimentales reminiscencias, y con algún fondo doloroso como el de los extraños casamientos y amores frustrados de los personajes de Ibsen. Uno nunca sabría si Sacha Guitry ríe o llora. En sus «Memorias» publicadas en 1935 se puede apreciar el fondo patético de su carrera como hombre. Desde niño, desconoció el hogar que sus padres divorciados no pudieron darle, y cuando por fin se decidió a seguir la profesión del progenitor, figura destacada del Teatro Imperial de Rusia, lo hizo a disgusto. De ahí en adelante, Sacha Guitry se funde al destino de París, que es el reino de Sara Bernhardt, de Octave Mirbeau, de Monet y Clemenceau.

Pero ni las radiantes ovaciones del público francés ni el contacto con la grandeza, le han libertado de su estado de ánimo. Eduardo Avilés Ramírez ha escrito que Sacha Guitry es un ególatra, y que le ha pedido a Dios, en sueño, que forme una nueva constelación en el firmamento con las letras de su nombre. Como fuera imposible crear tantos astros, Guitry le sugirió al Señor que sólo pusiera dos, representando la palabra YO, pues todo el mundo sabría que se refería a él.

Existe, sin embargo, una segunda explicación freudiana. Sacha padece de un complejo de inferioridad en experiencias amorosas. Nadie lo ha querido con la infinita ternura que es capaz de concebir un genio del teatro como él. Las manifestaciones normales que hacen felices a la humanidad, no bastan para su insaciable sed de «vivir» el drama. Pensando en esto, recuerda uno la soberbia escena en que Oscar Wilde pinta a una actriz ya envejecida despidiéndose de su hijo. El muchacho hace lo que puede, y ella pone todo de su parte para que el adiós resulte perfecto. Pero su sentido crítico le dice a la veterana que aquello ha estado pésimo, hasta como ensayo, y seca las lágrimas que le produce la cólera de no estar a la altura de su reputación histriónica.

SACHA GUITRY, ACADEMICO Y REY

Esta inconformidad con las cosas realizadas, es lo que hace inmenso a Sacha Guitry. En sus «Memorias» exalta generosamente cuanto heroico y galante le ha rodeado en la vida, menos lo que atañe a sus triunfos y laureles. Sólo de paso, y muy superficialmente, menciona a Yvonne Printemps. En cambio, enternecen las páginas que le dedica a Claudio Monet en su retiro de Giverny. Conociéndolo por su alma atormentada se explica que René Benjamín, elector de la Academia Goncourt y autor de su más leída publicidad, haya trabajado tanto para que lo eleven a ese sitial codiciado, junto a J. H. Rosny, Francis Carco, León Daudet y otra media docena de consagrados de las letras francesas.

Recibió este altísimo honor precisamente en los días en que se enlazaba por la fe católica—primera vez que lo hace así—a la bella Genevieve de Séréville. Dos envidiables premios para un inquieto del espíritu: bal-

DICE Bertrand Russell, el gran escritor que es a la vez miembro de una distinguida familia británica, que el marido no es hoy otra cosa en su casa que el compañero de juegos de sus hijos. No tiene nada que ver con sus maneras, su moral, su educación, su vestuario o su alimentación. Si es un padre esmerado los lleva alguna vez al cine o al circo y hace algunas observaciones acerca de sus notas en el colegio. Pero ahí termina su intervención.

Es asombroso observar cuán pocos son los hombres que realmente son amos de sus casas en estos días en Estados Unidos. Si tiene una buena esposa, que le cocina, maneja bien el hogar y es una buena madre, su hogar será feliz. Pero si su mujer no es así el pobre marido casi nada puede hacer para remediarlo. En los tiempos viejos, hace unos doscientos años, la mujer no era más que una posesión más del marido. Tenía que someterse a tradiciones y leyes rígidas. Ella lo debía todo a su marido y el marido nada a ella. El marido podía «pegarle a su mujer con una vara no más gruesa que sus dedos» en épocas que están dentro de la memoria de gente que vive aun. Y a los hijos se les podía pegar, encerrar y aun enviar lejos del hogar sin que la madre fuera consultada para nada. Todas las decisiones en la casa eran de la esfera exclusiva del marido.

Ese encantador padre de Isabel Barret (los Barret de Wimpole Street) que había disfrutado de todas las ventajas de un hogar así constituido y tenido diez hijos, prohibía a sus hijos que se casaran de otra manera que con los hombres o mujeres por él designados.

Bueno, todo eso ha pasado como un mal sueño. Vivimos en una época bien distinta. Pero cuando recibo cartas como una que acaba de llegarme firmada por D. D. tengo que pensar si no habrá llegado el momento en los Estados Unidos de que los hombres reclamen aunque sea una pequeña parte de aquel amplio dominio de que disfrutaron a fin de mantener la balanza cerca de un equilibrio equitativo.

«Mi mujer tiene 28 años, me dice, es una bella mujer. Hace siete años que estamos casados. A Juana jamás le enseñaron lo que es manejar una casa ni las responsabilidades de un hogar. Por un tiempo sus errores y confusiones nos divertían. Aunque sólo había sido una modesta empleada en nuestra oficina muy pronto se dió a gastos extravagantes y parecía que no podía vivir sino en la atmósfera de la más activa vida de sociedad. Así entramos en deudas y ahí estamos hasta ahora. Mi empleo en una gran compañía de seguros que opera en todo el mundo es de naturaleza muy delicada. Nuestros jefes tienen la obligación de imponerse de nuestra vida privada y creo que estoy corriendo el riesgo de perder mi empleo si esto

samo para el corazón maltrecho y siempre vivas para su frente de pensador.

Al levantarse el telón en esta nueva aventura, París imagina la escena con una mezcla de sonrisas y de estupefacta expectación. El académico entrará por el foro a la sala, y besará a su joven esposa. En seguida, saldrá la nodriza refunfuñando en francés, y adentro se oirán los gritos de un niño. Para Sacha Guitry, los niños de teatro tienen que ser una especie de Mozart, encarnaciones de lo más noble y sublime. Ahora tendrá que correr, en la realidad de su vida, a tomar en sus brazos al chico que chillaba en la cuna. Sólo eso le hará un marido ideal.

Si vuelve ante el público en el papel de padre feliz, los espectadores se anegarán en llanto. Francia se sentirá orgullosa de este hombre contradictorio, que durante veinte años ha sido el artista mimado de París. Y habrá una justificación suprema para su elevación a la Academia Goncourt; que además de genio, es una columna del catolicismo y del hogar. Sin estas dos cosas, nadie puede llegar a ser un verdadero rey.



«A la menor crítica de sus actos, mi mujer se ríe y me dice: «Pues divórciate y déjame llevarme a Bárbara». Bárbara es nuestra hijita, de cuatro años y de la cual yo no podría separarme».

MARIDOS PATÉTICOS

POR KATHLEEN NORRIS

sigue así. Es inútil que trate de hacérselo comprender a Juana. A comienzos de este año le pareció pésimo que yo sugiriera a mi madre que quería regalarme un automóvil, que mejor me diera mil dólares en efectivo para pagar deudas apremiantes y así poder empezar el año con relativo desahogo. A la menor crítica que avanzo sobre sus extravagancias y vida despreocupada me responde:

«Bueno, dame el divorcio y déjame llevarme a Bárbara». Bárbara es nuestra hijita de cuatro años y no podría separarme de ella. No me parece que Juana realmente quiera ese divorcio; sus padres son pobres y posiblemente tendría que trabajar otra vez. Pero me asusta la idea de correr el riesgo.

«Debo decirle que durante los años de noviazgo Juana no pareció en lo más mínimo lo que ha resultado ser. Ahora mi vida es toda confusión y sufrimientos y en verdad no veo cómo salir de este atolladero».

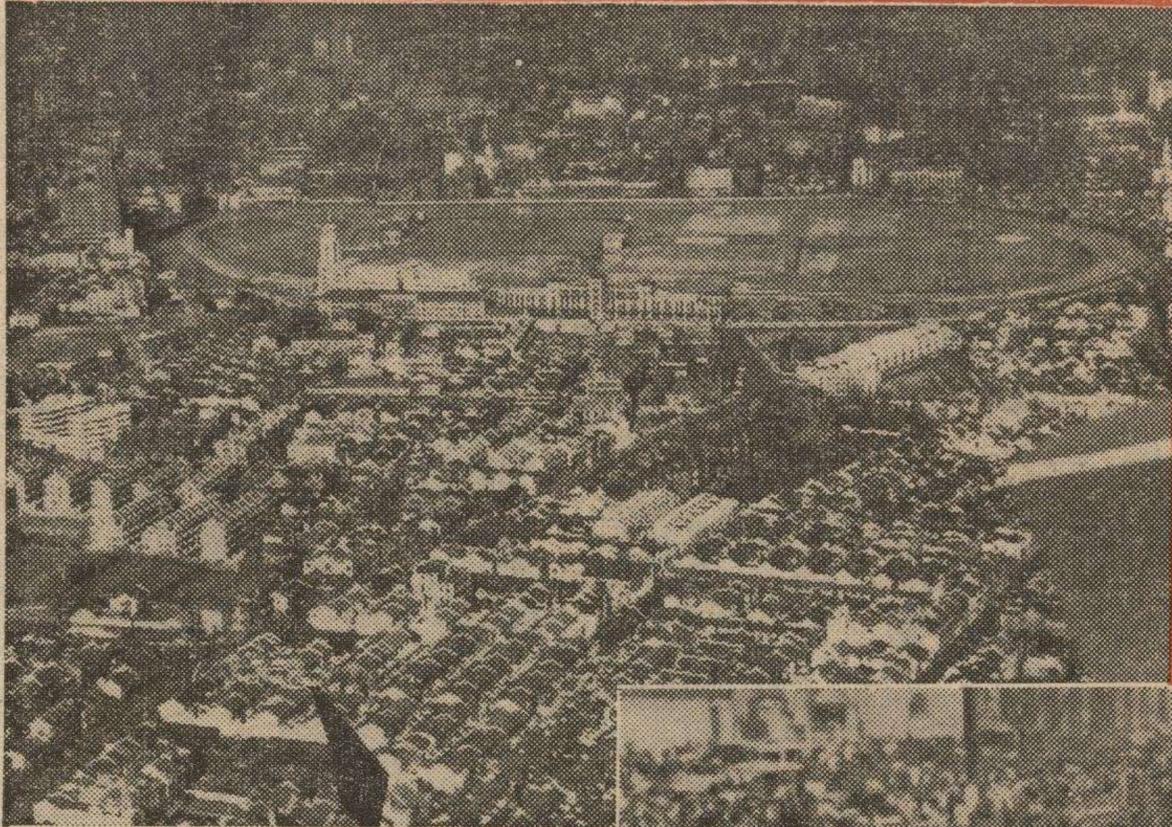
La respuesta al pobre D. D. es realmente una respuesta a Juana. Se está comportando mal y contra su propio interés. Puede abusar ahora de la posición indefensa en que ha colocado a su marido, pero tiempo llegará en que pagará caro por sus triunfos de hoy. Yo combatí ardorosamente por el derecho de sufragio de las mujeres hace

veinte años y lo haría nuevamente si llegara el caso. No es leal que uno de los sexos controle tanto hacia el otro y le dicte la ley. Pero tampoco es justo que el péndulo oscile tanto hacia el otro extremo. Y es intolerable que un marido no tenga más recurso que el divorcio o la ruina porque tuvo la mala suerte de casarse con una mujer que no estaba preparada para la vida matrimonial. El éxito del matrimonio depende en gran parte de la conducta y comprensión de la mujer.

No hay nada más pernicioso en la sociedad moderna que ese hábito en que incurren las esposas jóvenes de reunirse para cambiar impresiones acerca de sus desdichas domésticas y cambiar críticas de sus maridos. Estos grupos de mujeres parladas y frívolas fomentan ese sentido de completa irresponsabilidad que tanto abunda entre las jóvenes casadas de nuestra época. Ahí originan muchos divorcios y naufragan muchos matrimonios.

Nadie querría que volvieran los viejos tiempos en que el marido era el amo indiscutido y despótico del hogar. Eran malos tiempos también. Pero serán muy estúpidas las mujeres de hoy si no se dan cuenta de que el extremo a que ellas están llevando las cosas traerá fatalmente una reacción que llevará otra vez el péndulo muy lejos en la dirección del comando único del marido.

NOVELISTAS Y POETAS ANTE



Una panorámica de Shanghai, en su parte europea.

El primer libro en verso y prosa sobre el conflicto chino japonés.—Vicki Baum imita a Pearl Buck en su última novela acerca de Shanghai.—Un episodio de la historia escrita a cañonazos, que cierra la vida de nueve inquilinos de un hotel.



A tragedia china ha sido uno de los temas más frondosos de la literatura internacional desde 1937. Todo lo que el tema permite dentro de los límites de un libro ha sido explotado por los economistas, los expertos militares, los historiadores y los maestros del derecho internacional. Cuando los hechos y sus repercusiones políticas han sido anotados y comentados, ha entrado en función el novelista. Hace algunos meses, Pearl Buck ofreció la primera gran novela de la guerra china, «El Patriota», tejida por entero sobre el telón de fondo de un pueblo que ella conoce a las mil maravillas y del cual nos hizo una pintura memorable en «La Madre Tierra». Ahora, repite esta labor otra novelista de prestigio, Vicki Baum, la autora de «Grand Hotel», precisamente en los momentos en que aparece el «Viaje a una guerra» de W. H. Auden y Christopher Isherwood, escrito en prosa y en verso. A los novelistas han seguido los poetas.

EL TEATRO DE LAS OPERACIONES

Auden es el primer escritor a quien una empresa editorial encomienda la delicada misión de hacer un reportaje en verso sobre una guerra. Acompañado del prosista Isherwood, ha visto al pueblo chino como lo vería un aristócrata de Inglaterra, desde el palco. En el paisaje oriental creyó descubrir recuerdos del inglés immortalizado por Turner, y se aburría atravesando la ruta de Cantón a Hankow en un lujoso compartimento de primera clase. No les gustó a estos dos «gentlemen» el sabor a marisco del té chino ni la costumbre de escupir que los descendientes de Confucio parecen haber heredado de su celeste padre.

Desde Hankow continuaron su viaje hacia el norte hasta Chengchow, en el ferrocarril de Siam, cerca de la antigua república comunista; luego a Chekiang y a Wenchow, haciendo la travesía final hasta Shanghai, ya en manos de los japoneses, por mar. En varias ocasiones estuvieron al alcance de las balas niponas.



Una escena común en los éxodos de China, pero particularmente dramática en Shanghai, la más populosa ciudad, cuyo segundo aniversario de la toma por los japoneses acaba de cumplirse.

Mientras Auden hacía sonetos, Isherwood tomaba fotografías y entrevistaba personajes. Habló con Agnes Smedley y con los esposos Kai Shek; conoció a muchos doctores y misioneros ingleses y norteamericanos; vió a los periodistas chinos preparando reportajes sensacionales y a los Rusos Blancos emigrados a Hankow celebrando la cuaresma de la Iglesia Ortodoxa Rusa; generales, gobernadores, porteros, especuladores y víctimas del conflicto.

Lo que más impresión les produjo en este espectáculo fué el enjambre de los refugiados sumidos en la miseria en Shanghai. Auden quedó conmovido ante el heroísmo estéril de estas muchedumbres, y ante el espíritu del pueblo que luchaba, sin aviones y sin cerebros capaces de dirigir la resistencia con éxito, contra la superioridad militar y la eficiencia de los japoneses.

ATAQUE Y TOMA DE SHANGHAI

Una serie de cuadros semejantes a los de esta obra sirve a modo de decorado para la novela que Vicki Baum titula «Shanghai, 1937». Naturalmente, la tramoya del conflicto chino-japonés es mucho más complicada que lo que pueden inventar el poeta Auden y la novelista Baum. Requeriría el acci-

La
GUERRA
CHINA



Pearl Buck, Premio Nobel de Literatura, especializada en los asuntos de China.

pio de información psicológica y social acumulado por Pearl Buck en sus andanzas por la China. Con todos estos materiales, juntos, la profundidad de Miss Buck y el sensacionalismo de Miss Baum, acaso podría realizarse un magno panorama en el que se destacaran, como altorrelieves de un friso monumental, los aspectos más elocuentes del episodio de Shanghai.

Hay en la evocación de esta sugestiva ciudad tantos mundanales ruidos que tampoco estaría demás el complemento de la fotografía y la pintura de tesis. Entonces tendríamos una Shanghai de tristes pagodas y animada confusión de masas humanas bajo el estruendo de los cañones; la virtud y el vicio hermanados en las lúgubres buhardillas de los arrabales y en los antros del opio y la heroína; el metal de los soldados de Tokio arrollando a su paso los dolores de una raza moribunda; y la febril actividad de la conquista, imponiendo sus ideas y sus métodos sobre las ruinas de lo que podía ser hoy la nación más grande del Asia.

En el verano de 1937, la ofensiva japonesa desató sus furias contra Shanghai, derramando sangre hasta la jurisdicción de la zona internacional. Una de las primeras bombas hizo explosión en el Hotel

ESTE gran compositor italiano nació el 10 de octubre de 1813, en la localidad de Roncole, y falleció en Milán el 27 de enero de 1901. Poco le faltó para llegar a ser centenario.

A lo largo de toda esta fecunda vida sucedieronse extraordinarios episodios, capaces, por sí solos, de llenar varios volúmenes. Uno de los aspectos más curiosos es el que se refiere a su primera infancia y a los años que precedieron a su consagración, esto es, a la época de su anonimato.

Sus padres, Carlos Verdi y Luisa Verdi-Utini, ganaban penosamente su vida con una modestísima posada, de la que formaba parte humilde abacería. ¿Qué podía ver en este ambiente el chiquillo, que le sirviera de estímulo o de enseñanza a sus extraordinarias dotes naturales? ¡Nada! Parecía que todo se conjuraba en contra del genio en potencia: la falta de recursos económicos y la carencia absoluta de motivos capaces de despertar sus facultades creadoras. Es cierto que José apenas había cumplido los diez años, pero también es verdad que las perspectivas para lo futuro eran precarias.

o o o

Hay críticos e historiadores que han querido ver en los padres de José a sujetos enemigos de la inclinación del muchacho, manifestando que le prohibían y lo castigaban cuando aquél, en una u otra forma, quería exteriorizar su instinto musical. Esto es falso y absurdo, pues está probado que Carlos y Luisa gozaban, en sus ratos de ocio, con las monadas del pequeño, que hacía como que ejecutaba en un instrumento valiéndose de un palo o un objeto cualquiera. Lo positivo en este asunto era que ellos no estaban en condiciones de cultivar la dialecta inclinación infantil.

La humilde posada con sus toscos parroquianos, sus cacharros viejos y su aspecto lúgubre, no podía infundir en el ánimo del muchachito más que un sentimiento de tristeza o de pena.

¡Ah, pero él sabía desquitarse bien de esta orfandad de motivos espirituales! ¿Quién era capaz de contenerlo cuando pasaba cerca de su casa alguno de aquellos músicos ambulantes haciendo sonar su destartalado organillo? ¡Locura la suya, locura jubilosa, explosión de alegría cuando se encontraba cerca de aquel manubrio que daba vueltas y más vueltas, desparmando una cascada de chillonas notas musicales!

Esta era su diversión favorita, y si alguna vez fue reprendido, se debió a que se entusiasmaba tanto, que cuando quería acordar se había alejado de su casa lo suficiente como para no saber regresar solo.

El organillo, para él, tenía alma, un alma dulce y melodiosa, que poblaba sus sueños, agitaba su corazón y le hacía concebir ideas inefables, a cuya sugestión se dormía, con una dulce sonrisa en los labios. ¡Y pensar que, ya hombre, y durante cincuenta años,

Shanghai, famoso por su terraza y su atmósfera cosmopolita. En ese raid murieron nueve personas domiciliadas en la hostelería, y estas nueve víctimas son los personajes de la novela de Vicki Baum.

NOVELA QUE TERMINA DONDE EMPIEZA

En la primera parte de la obra, se relata la historia de los personajes desde que nacieron, a través de los designios que los llevaron por rutas distintas a Shanghai. La víspera del raid aéreo los encuentra preocupados con sus asuntos personales en medio de la alarma general que cunde por la ciudad en vía de decadencia. Hombres y mujeres procedentes de diferentes países se arremolinan en las estrechas calles, esperando la entrada de los nipones. En el pintoresco melodrama, la nota trágica es la de las nueve vidas deshechas por la catástrofe, el destino individual humano barrido por una tempestad política y económica.

Pocos escritores contemporáneos manejan con mayor acierto una trama de esta índole. Vicki Baum ha superado aquí la técnica de su novela «Grand Hotel», aplicándola en un caso más significativo. En el estilo rimbombante que es su forma plástica suprema, trabaja con serenidad las facetas múltiples de su inusitado tema y hace recordar el dominio absoluto que de él revela Pearl Buck en su novela «El Patriota». Extraña idea, porque sin

La infancia de VERDI



él surtió, con su música genial, el repertorio de esos organillos!

No puede decirse que hubiera fracasado en su vocación, pero lo cierto era que ningún horizonte se abría ante su vida cuando lo tomó bajo su protección el organista de la iglesia de Roncole. ¡Y cosa fantástica, al año justo de este hecho, el mencionado organista manifestó que ya no tenía qué enseñarle, pues el niño, que apenas tenía diez años, lo había aprendido todo.

o o o

Poco después el destino cumplía en él una de sus matemáticas previsiones: el organista moría y José quedó ocupando su puesto. Las naves de la pequeña iglesia comenzaron a poblarse de notas dulcísimas, de acordes maravillosos, como si dentro del viejo órgano se hubiera colado un alma henchida de todas las melodías del soberbio arte.

Pero veamos el aspecto prosaico: mientras José hacía vibrar su propio corazón en los profundos acordes del órgano y era feliz, sus padres no lo eran me-

poseer ni los conocimientos del medio ni la perfección profesional de Miss Buck, la autora de «Shanghai, 1937», casi se eleva a la altura de aquella en algunos de los capítulos de su relato.

Sólo una cosa la diferencia de Miss Buck en estos fragmentos de mayor aliento, y es que en las obras de Miss Baum, como en las películas de Hollywood, lo esencial es la trama y lo secundario la importancia de la cuestión que se plantea. Pero esta novela representa un paso de avance en el progreso de la autora. La ha llevado más allá del «Relato de Bali», en que intentó emanciparse de la ficción como género de rutina. Hay en sus páginas un asomo de análisis espiritual, una equilibración de valores que explican en parte los antecedentes y las causas del acontecimiento de Shanghai.

Se trata de la biografía de nueve personajes que encontraron su sino en la catástrofe de todo un pueblo; es decir, de la tragedia de unos cuantos testigos inocentes que jamás pudieron comprender lo que es la revolución. Habían pasado sus vidas entre valijas y negocios y faenas caseras y tés; el día del raid japonés sobre el Hotel Shanghai, leyeron por primera vez las detonaciones ensordecedoras de la Historia.

nos, porque ese empleo colmaba, en su aspecto material, todo lo que ellos podían ambicionar. Gente humilde y simple, pensaba que el hijo bien podía trabajar en la iglesia toda su vida, pues ¿no había estado hasta entonces un hombre en su lugar? Además, la paga era buena, más que suficiente para ellos.

Mas el destino del talentoso muchachito no estaba allí. Al advertir los progresos que había hecho José, el comerciante Barezzi, amigo de la familia, no se sabe si por simpatía hacia el pequeño o porque notara en él al gran músico del mañana, decidió ayudarlo, y para esto no encontró otra cosa mejor que emplearlo para que llevara los libros en su almacén.

¡José Verdi haciendo cuentas en un libro de almacenero! ¿Puede haber dos cosas más reñidas entre sí que la música y las matemáticas?

Barezzi le asignó un pequeño sueldo y más tarde le dió casa y comida. ¿Cómo arreglarse para no abandonar su querida vocación? Pronto halló la forma: él presidía la Sociedad Filarmónica de Busseto, a la cual, de su propio y reducido peculio, subvencionaba. En la sede oficial de esta sociedad hacía las anotaciones comerciales, alternando ambas funciones.

El genio estaba predestinado. Nada significaban los obstáculos, por más insanables que parecieran, en la vida de Verdi. La maravilla de su música no tardó en asombrar a los entendidos de la época. Se estaba en presencia de un nuevo astro, que brillaba con luz resplandeciente y viva, lanzando sus proyecciones más allá de las fronteras de la patria, y ya en plena consagración.

Pronto no más Europa entera fué teatro reducido para las expansiones de su música. Desde todos los extremos del continente se levantaba una voz unánime de aplauso y de admiración, y en todas partes se deseaba vivamente conocer al genio italiano.

Las composiciones magistrales, en las que vibraba toda el alma del aartista, parecían animadas por un soplo de nueva inspiración, por un temperamento formidable, capaz de elevarse a las cumbres más altas del ideal. La música era dulce, melodiosa, suave, casi toda ella muy fácil de comprender, y fué por ello que todo el mundo comenzó de inmediato a tararearla.

Frente a esa rápida popularidad, el maestro pensaba en las horas ya lejanas de la niñez, cuando corría detrás de los organillos callejeros y ni siquiera sospechaba que le esperaba tan brillante porvenir.

Sus primeros ensayos en la Sociedad Filarmónica de Busseto, que fueron los que en realidad guiaron y enderezaron su vida futura, ya mostraban en él al genio musical. Aquellos entusiastas que le acompañaban lo veían en sus momentos de creación inicial como si una racha de excelsas melodías agitara violentamente el cordaje de su alma. De pie, pálido, y con el rostro vuelto hacia el lejano horizonte, sólo sus ojos tenían vida, y sólo en el suave temblor de sus labios podía observarse que la maravillosa caja sonora de su cerebro estaba en gestación.

Sus amigos y colegas, ya sinceros y rendidos admiradores de su talento, veían en él a la futura cumbre del arte lírico italiano; y a fe que no se equivocaban. Las notas dulcísimas, melodiosas, originales que iban tomando colocación en el pentagrama parecían danzar en un país de ensueño, a conjuro de un soplo de mágicas y enternecedoras melodías.

De allí a la celebridad no había más que un paso, y de éste a la inmortalidad, otro.

El supo escalar, paso a paso, cada una de las gradas de esa celebridad, porque comenzó a luchar con fe y con decisión; con aquella decisión de los espíritus superiores, que ven tan solo en la lejanía, más allá de las pequeñeces humanas, la brillante estrella de su destino, a la cual deben llegar con precisión matemática.

Sereno, trabajador infatigable, daba muestras de su existencia terrenal únicamente con notables composiciones.

Cuando en Milán, el año 1901, vió con estupor el eclipse de su vida, la humanidad entera se vistió de luto.

Verdi había muerto, pero perduraba, y perdura su obra inmortal.

ENTRE las figuras históricas que hicieron tan renombrada y simpática aquella famosa Acera del Louvre no cabe dudar que la del caballeroso brigadier del Ejército Español, Primer Jefe del Cuerpo de Orden Público, don Fidel de Santocildes, fué una de las que más se destacó y dejó gratos recuerdos entre los habaneros de aquella época feliz, no porque todo tiempo pasado se califique de mejor, sino porque lo era ciertamente, a causa de una serie de circunstancias que no es del caso citar en estos ligeros apuntes; y porque, además, nadie las desconoce. Hallábase Santocildes emparentado con una de las familias más prestigiosas de nuestra sociedad, cual era la de Enrique Hernández Miyares, con una de cuyas hermanas estaba casado. Enrique era un separatista, como se dice, «que comía gente»; y siempre que hablaba de su hermano político, a quien apreciaba entrañablemente y distinguía sobremanera—como todo el mundo—decía que era la «excepción de la regla», la que entonces, ahora y siempre, fué lo general, para prestigio de la raza.

Nunca faltaba Santocildes a primera hora de la noche en la Acera del Louvre, con su eterna sonrisa en los labios; su ágil figura de bizarro militar; su sombrero de jipijapa, siempre nítido; su barba negra recortada en punta, al uso madrileño; atento y solícito con todos. Tenía especial cuidado en mantener siempre en aquel sitio los mismos guardias del orden que ya estaban, como quien dice, familiarizados con los «muchachos de la acera», y de cuyos nombres seguramente se acordarán los supervivientes de aquel simpático grupo, los nuevos «Cadetes de la Gascuña», que tenían a Eugenio Santa Cruz por capitán.

No pocos de aquellos guardias, al terminarse la guerra de Independencia, teniéndoseles en cuenta su buena conducta, entraron a prestar sus servicios en el Cuerpo de Policía que se formó en la primera intervención americana, bajo la prestigiosa jefatura del General Mario G. Menocal; y no pocos también tuvieron de jefes inmediatos algunos de aquellos mismos jóvenes, con quienes habían convivido tan amistosamente durante la «ominosa». Bien vengan las vueltas del mundo si traen la misión de recompensar favores recibidos. Recordamos de la «evacuación de las tropas españolas», un cuadro que nos causó la más honda de las impresiones: varias lanchas, frente a los muelles de Regla, cargadas de guardias y clases del Batallón de Orden Público, arraigados en Cuba hacia tiempo; y muchos de los cuales regresaban a la Península para no perder los derechos militares que habían adquirido durante sus largos años de servicios: lloraban y se abrazaban a sus esposas e hijos cubanos, de quienes, aunque por poco tiempo, les dolía separarse. Resueltos sus asuntos en la Península, muchos de ellos volvieron a la Habana; y aquí rindieron una vida laboriosa.

Podía decirse que Santocildes era un «muchacho más de la Acera»; reía sus bromas y aceptaba sus travesuras. Alfredo Arango, Ramón Hernández, Julio Gounord, Sotico, Pepe Acosta, Pancho Varona Murias, César Aenlle, Raul Cay, etc., etc., todos confraternizaban en franca y sincera camaradería con el que aun no era más que el coronel Santocildes; a Brigadier lo ascendieron en los primeros días de la guerra del 95. Como el leve susurro de la brisa, que nos trae el aroma de la lejana selva por donde ha pasado, así se alzaba de vez en cuando nuestra memoria el rumor de la manigua, con sus episodios de la guerra de los Diez Años; y por la mente de muy pocos—fuerza es confesarlo—pasaba la posibilidad de su próxima y casi inmediata resurrección, cuando una noche del otoño del año 1890 apareció en la «Acera del Louvre» impensadamente y como evocado por un conjuro, la figura prócer y arrogante del general «insurrecto» Antonio Maceo, correctamente vestido de cerrada levita inglesa; pantalón de casimir a diminutos cuadros blancos y negros—«todos tenemos»—y tocado como el más correcto gentleman londinense de lustrosa chistera de forma irreprochable. Lo acompañaba Agustín Cervantes, el valiente duelista, rival de Pancho Varona durante largo tiempo, y del

Viejas postales descoloridas

SANTOCILDES

Por Federico
Villoch



que fué, después de un duelo que sostuvieron, más leal y cariñoso de los amigos.

Dicho se está que Maceo fué desde aquella noche el eje y centro de la Acera; y que el ecuaníme coronel Santocildes no tuvo inconveniente en sostener con él las más amistosas entrevistas, en aquellas reuniones que se formaban, sentados los concurrentes en cómodos taburetes de cuero, a la entrada del restaurant Cosmopolita. Maceo y Santocildes hablaban de guerra, de estrategia, de recuerdos de campaña; como hablan los pintores de cuadros, y los hombres de letras de arrancarse unos a otros las tiras del pellejo: de todo, menos de política. Los que se acercaban a ellos a la chita cal'ando, creídos de que los iban a oír hablar de la cuestión de Cuba, se equivocaban. Maceo refería sus lances de la manigua, en la guerra de los Diez Años; y Santocildes los suyos, con la misma ausencia de odios y rencores que si se refiriesen a la guerra franco-prusiana del 70. Entre otros, recordaron su encuentro en el combate de San Ulpiano, en la citada guerra cubana. Pero los muchachos de la Acera se habían alborotado un poco con motivo de un reparto de grados de oficiales mambises que hizo Maceo entre ellos, para cuando llegara la hora de irse a la manigua; y eso dió lugar a cuentos, recelos y malquerencias—acaso ya se discutieran entre ellos las injusticias futuras—todo con tal vehemencia y chachareo criollo, que llegado a oídos de la autoridad superior de la Isla, el capitán general Camilo Polavieja, no pudo echar el caso—por si acaso—en saco roto; y le dió orden inmediata al general Antonio Maceo, para que en el término de 24 horas abandonara el territorio.

Días antes había tenido lugar el famoso duelo entre Agustín Cervantes y el general Lachambre, siendo Maceo padrino del primero. El general cubano llenaba la actualidad. Los «muchachos» organizaron un banquete, a centén el cubierto, que no recordamos si llegó a efectuarse. La aureola del general mambí estaba en todo su esplendor, cuando estalló la terminante orden de evacuar la Isla,

El postalista cursaba por aquella fecha el segundo año de Derecho, y para dirigirse a la Universidad, que se encontraba entonces instalada en el antiguo convento de los Dominicos, en O-Reilly, tenía la costumbre de bajar por la calle del Obispo, hasta la esquina de San Ignacio. Por una casualidad afortunada, una mañana, la misma precisamente en que fué citado Maceo para una entrevista con Polavieja, en el Palacio de la Plaza de Armas, el postalista se cruzó en la esquina de Obispo y Bernaza con aquél, que se dirigía a Palacio, y como es de suponer, le cedió el paso atentamente. Bajó Maceo a todo lo largo de la calle del Obispo; y el postalista, que le seguía, tuvo ocasión, a sus anchas, de medir y apreciar en su prestancia majestuosa aquel escogido ejemplar de la raza humana. El general marchaba sonriente—tenía una recia y blanca dentadura—devolviendo atentos saludos a derecha e izquierda, de cuantas personas de su conocimiento se encontraba en el camino. Marchaba a paso sólido, militar; como si lo hiciese al acompasado ritmo de un invisible redoblante que sonara desde lo alto de la gloria; y ascendió la gran escalera de Palacio con la reposada y segura arrogancia del que pensara subirle un día no lejano, entre los aplausos y los vítores.

Es de lamentar que la despedida de Maceo y Santocildes, en aquella la última noche que se vieron en la Acera, no la hubiese recogido un taquígrafo, íntegra, para conocimiento de las futuras edades. Los que pudieron oír parte de ella dicen que fué de lo más cumplida y caballeresca:

—Quizás nos volvamos a ver, y muy pronto, coronel.

—Yo tendré sumo placer en ello, general.

—Me congratulo de haber tenido el honor de tratar una persona tan correcta como el coronel Santocildes.

—Lo propio digo, y si alguna vez puedo serle útil en algo al general Maceo, tendré sumo placer en ello.

—Coronel...

—General...

Y tras afectuoso apretón de manos, y hecho el saludo de ordenanza entre altos jefes, Maceo y Santocildes se separaron.

Cinco años después se daba el Grito de Baire; y el 13 de julio de 1895, el Brigadier Santocildes comandaba con el Capitán General Martínez Campos una columna que se trasladaba de Veguitas a Bayamo, cuando al pasar por la hondonada de Peralejo fué atacada desde las alturas por las fuerzas insurgentes del General Antonio Maceo.

Cuéntase que el general Martínez Campos, al observar en Peralejo los movimientos del enemigo, y las acertadas disposiciones que se daban en el combate, hubo de decirles a los oficiales de su Estado Mayor, señalando las alturas que los rodeaban, con rotundo y convencido acento:

—¡Ahí está Maceo!

El destino ponía frente a frente a los dos bizarros camaradas de la Acera del Louvre. Cuando del lado de las tropas españolas los clarines de orden dieron el toque de «jefe muerto en combate», Maceo tuvo el presentimiento de que la mala suerte le había tocado a su viejo amigo Santocildes; y cuando poco después se hubo enterado de la noticia, seguro que dedicó a su memoria un sentido recuerdo.

El cadáver del Brigadier Santocildes fué trasladado a la Habana en ferrocarril y desembarcado en la Quinta de los Molinos, para ser enterrado en el cementerio de Colón, donde se le rindieron los honores de General muerto en campaña. Los «muchachos de la Acera» no pudieron ir a recibir el cadáver, «porque ya no estaban en la Habana»; pero todos, y cada uno de ellos, desde el sitio de la manigua o de la emigración en que se encontraran, tuvieron una frase de cariño y un respetuoso recuerdo para su antiguo camarada de otros días, el caballeroso Brigadier Don Fidel de Santocildes. Tales rasgos de afecto y de nobleza eran la nota característica de aquellos tiempos de leyenda...

MR. Franklin D. Roosevelt probablemente pasará a la historia como el presidente más revolucionario de los Estados Unidos. Sus leyes del New Deal, ensayo más o menos afortunado de economía dirigida; sus medidas de amplia protección al necesitado; sus vastos planes de obras públicas, etc., etc., lo proclaman como el primer presidente norteamericano que echando a un lado la tradición y las pautas jeffersonianas, centralizó en Washington la burocracia más desmedida y opulenta de toda la historia de la nación en crisis.

Si Mr. Roosevelt decide buscar por tercera vez la presidencia de la República, habrá demostrado de la manera más positiva y clara que para él la tradición, esa tradición a la que el norteamericano cien por cien rinde todo género de pleitesias, es letra muerta. Porque no existe ninguna ley escrita que le impida al primer magistrado del país ir a la reelección por segunda vez, la tradición que fundara el padre de la Patria, Jorge Washington, hasta ahora había venido siendo algo así como una herencia sagrada.

Tal vez la decisión de Mr. Roosevelt, con vistas a un tercer término, pueda ser influenciada por el éxito que tenga en definitiva su medida—de carácter abiertamente revolucionario—respecto a la celebración anual del día de «Thanksgiving» (Dar gracias a Dios). Esa tradición, que fué iniciada por los «peregrinos» o primeros colonizadores del Norte de los Estados Unidos en cuanto recogieron la primera cosecha, ha sido también puesta a prueba por Roosevelt, que de un plumazo ha cambiado—o ha querido cambiar—la fecha de su celebración.

Aunque la primera fiesta de «Thanksgiving» celebrada por los peregrinos no se realizó en noviembre, sino en febrero—el 22 de febrero de 1631—Jorge Washington, el forjador de la patria norteamericana, estableció el último jueves del mes de noviembre para el mismo propósito, en el año 1770. Tal vez la selección por Washington de tal día, fué influenciada por un libro de oraciones publicado ese mismo año por la Iglesia Protestante Episcopal de América, en el que se pedía a los fieles que «esa fecha fuera observada como día de dar gracias a Dios Todopoderoso por los frutos de la tierra». Desde el primer día de «Thanksgiving» hasta que Washington estableció la tradición que se había venido siguiendo a partir de la guerra civil, la fecha de la celebración se había cambiado desde junio hasta octubre y noviembre.

A partir de la primera proclamación de Washington—que actuó a instancias del Congreso—la fecha del día de dar gracias volvió a cambiar hasta que Lincoln, actuando a instancias de la periodista Sarah Josepha Ha'e—que durante largos años había venido batallando para que el día de Thanksgiving se celebrara cada año en una fecha determinada—instauró de nuevo para dicho propósito, con carácter esta vez permanente, el último jueves del mes de noviembre de cada año.

Desde 1863, por lo tanto, ese era el día de Thanksgiving. Este año, sin embargo Mr. Roosevelt lo quiere cambiar el 23 de noviembre—y decimos lo quiere cambiar y no «lo ha cambiado» porque su proclamación al respecto sólo tiene valor en el Distrito Federal de Columbia; en los Estados se hace necesaria una segunda proclamación de los gobernadores—por motivo de que el último jueves de noviembre cae en 30, que es, entre paréntesis, lo que ha venido ocurriendo desde 1863 cada cinco o seis años.

La razón que ha alegado Mr. Roosevelt al tomar tal medida, es que se la han pedido muchos comerciantes de todo el país. Y el motivo que aducen éstos, que con ella se alarga en una semana el periodo de ventas de Pascuas, que no se inicia, por ley también tradicional, hasta que los norteamericanos han sacrificado el pavo.

Los que somos legos en cuestiones económicas,



En Campobello, New Brunswick, Canadá, donde se encontraba de vacaciones, anunció el Presidente de los Estados Unidos a sus conciudadanos que ha cambiado este año la fecha tradicional del «Día de Gracias» («Thanksgiving»). En la foto aparecen dos periodistas tomando cuidadosa nota de sus palabras, mientras un miembro de la dotación del crucero en que viaja las recoge taquígraficamente.

MR. ROOSEVELT cambia la fecha del «Thanksgiving» y provoca una tempestad de protestas

EL PRESIDENTE «REVOLUCIONARIO», PASANDO POR SOBRE LA TRADICION, QUIERE CON SU MEDIDA DARLES UNA SEMANA MAS DE NEGOCIOS DE PASCUAS A LOS COMERCIANTES. - UN SENADOR SARCASTICO LE RECOMIENDA QUE CAMBIE TAMBIEN EL INVIERNO.—LINCOLN HABIA ESTABLECIDO LA FECHA DEL DIA DE DAR GRACIAS QUE ROOSEVELT HA CAMBIADO AHORA.

no acabamos de comprender por qué motivo una semana más en el periodo de las ventas, significa necesariamente más negocios para los comerciantes, habida cuenta de que el yanqui es un individuo metódico que se ajusta a un presupuesto y de él no pasa por muchas oportunidades que se le brindan.

Desde luego, la nueva medida rooseveltiana ha provocado en todo el país una polémica que ha alcanzado a sectores tan distantes y disímiles como el de los fabricantes de tejidos y el de los jugadores de fútbol. Aquellos aseguran que el decreto aumenta sus posibilidades de negocios, mientras que éstos—que celebran sus partidos más importantes el día de «Thanksgiving» y todas sus preparaciones las han venido haciendo teniendo la fecha del 30 como objetivo—dicen que les revientan el suyo.

La política ha tomado inmediatamente cartas en el asunto y trata de sacarle partido a lo que se

considera una nueva pifia del presidente. Así distintos gobernadores poco adictos al primer magistrado—republicanos y demócratas por igual—han anunciado que ellos no cambiarán la fecha de la celebración y que por lo tanto este año no se celebrará en los Estados Unidos un «Thanksgiving», sino dos.

Tal vez la crítica más mordaz emitida contra la medida del presidente, ha venido del senador Bridges, republicano de New Hampshire, quien expresó:

«El cambio del día de «Thanksgiving» por el presidente Roosevelt, viene como una sorpresa, porque nada se había insinuado acerca de él en los artículos que su señora escribe en los periódicos. Presumiblemente, pues, la idea ha sido suya y con ella ha dejado chiquito a Teodoro Roosevelt. Ni siquiera la gran imaginación de su ilustre pariente hubiera concebido semejante cosa. Yo desearía que, por el mismo procedimiento, Mr. Roosevelt cambiara el invierno».

DE ACTUALIDAD

¿Qué es lo que en realidad ocurre a una masa de soldados cuando recibe orden de atacar? Lo que pasa es que las glándulas adrenales pierden su control una enorme cantidad de adrenalina, es vaciada en la sangre lo que a su vez irrita las adrenal y pituitaria. Gradualmente, esto tiene el efecto de producir ira luego furia hasta que una rabia colectiva sobrecoge a la masa que mata y destruye sin consideración a nada ni a nadie.—(Boris Sokoloff)



MUSO ANTE EL CADAVER

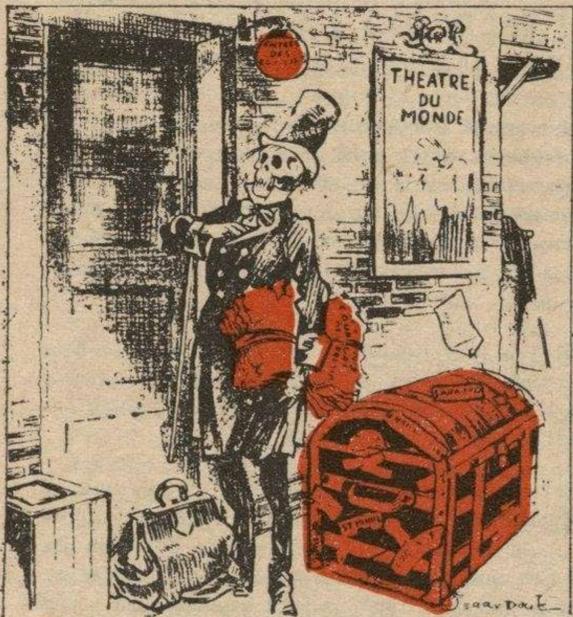
—Si, es cierto: pero en esta muerte de Europa, yo tengo circunstancias atenuantes.—(Marianne)

o o o

SE COMIO 10,000 INSECTOS

Percy Wilbur Fattig ha comido en su vida más de diez mil insectos, incluyendo avispas y cienpiés venenosos. Pero lo ha hecho por exigencia de su curiosa profesión. Fattig trabaja para una firma vendedora de aguas minerales. Ocurre a veces que algunos clientes descubren insectos dentro de la botella e inician un proceso pretendiendo que se les ha envenenado. Frente al jurado, Fattig prueba, devorando insectos idénticos, que la acusación es infundada. En cierta ocasión debió así comer una araña negra de la América Central, cuya picadura resulta mortal. Cuando se le habló del peligro a que se expuso, replicó sonriendo:

—¡Bah! ¡Son gajes del oficio!



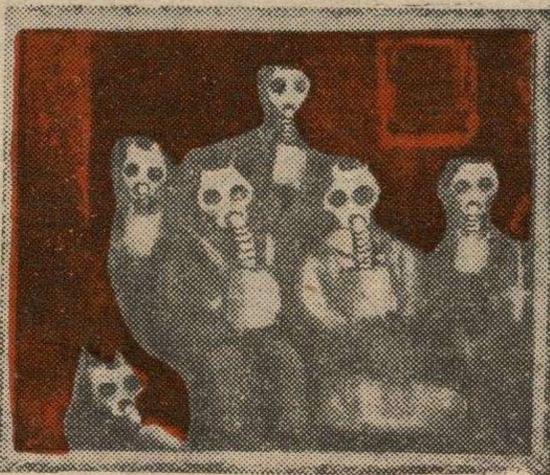
RETORNO DEL ARTISTA

—Heme aquí, después de 25 años, público querido.—(Record)

LA VUELTA AL MUNDO del BUEN HUMOR

Lo que dijeron en la hora de la muerte los Grandes Hombres

Napoleón murió diciendo: «Jefe del ejército».
Byron: «Ahora dormimos».
Nelson: «Un beso».
Hardy: «Doy gracias a Dios por haber cumplido mi deber».
Nerón: «¿Así me mantenéis vuestra fe?».
Chesterfield (ministro): «Dadme una silla».
Haller. (fisiólogo): «La arteria no late más».
Tasso: «En vuestras manos, ¡oh, señor!».
Tomás Moro (subiendo al patíbulo): «Os pido vuestra ayuda para subir, para bajar no la necesito».
Goethe: «Que entre luz».
Jefferson: «Recomiendo mi alma a Dios, y mi hijo a la patria».
Washington: «Está bien».
S. Q. Adams: «La última cosa que se hace en la tierra».
Grocio: «Hablemos formalmente».
Walter Scott: «Me siento regenerado».
Harrison: «Deseo que entendáis los verdaderos



ARTE-1940

Retrato de familia.—(Squire, Chicago)

principios de gobierno, y que los hagáis conocer a los hombres».

Taylor: «He deseado cumplir con mi deber».
Federico V de Dinamarca: «No hay una gota de sangre en mis manos».
Franklin: «Nada es fácil para uno que muere».
Carlos II: «Cuidado con padecer hambre, ¡oh Nelly!».

o o o

EN EL TRANVIA

El empleado.—Caballero, haga usted el favor de no fumar. ¿No ha visto usted ese letrero que lo prohíbe?

El viajero.—Sí, ya lo ví; pero cualquiera hace caso de los letreros; también dice ahí que me purgue todas las semanas con citrato de magnesio..

o o o

DEFINICIONES

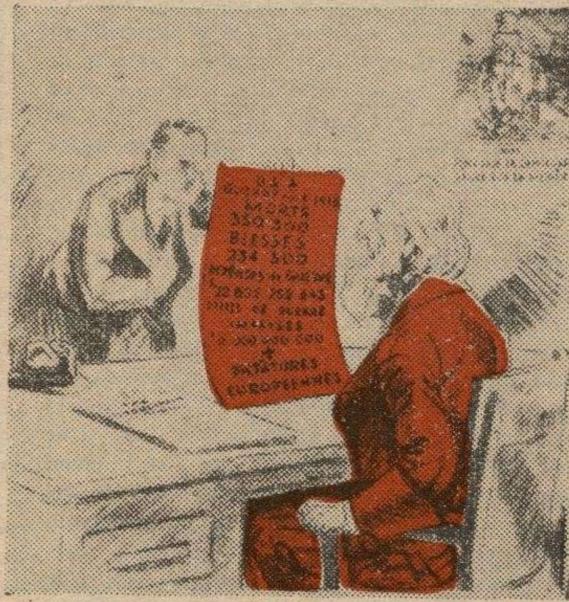
Un cínico nos escribe que después de todo, una dama no es más que una mujer que es una buena actriz.—(Saturday Evening Post).

FILOSOFIA

A veces siento inclinaciones a la vida pobre y sencilla; me cansa este confort y riqueza. Hoy, por ejemplo, me sentiría feliz lejos en una cabaña con una pared de cristal al sol, un bar de cromo nikelado, sin más que un refrigerador, una criada, una piscina y un automóvil.—(Ken).

o o o

—No hay mujeres feas; sólo hay mujeres que no saben cómo ser bellas.—(Marie Claire).



POR SI LLEGA LA GUERRA

El ciudadano americano.—Y ya sabes: para esta vez no dejes de consultarme.—(Record)

o o o

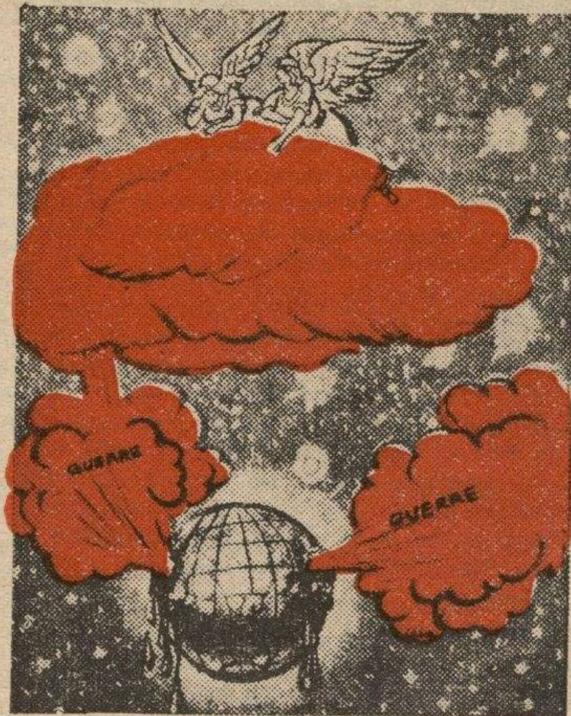
SHAWAIANA

Una dama londinense se había propuesto tener algún día a Bernard Shaw en su casa y lo molestaba con infinitas invitaciones. Recientemente recibió una que decía: «Lady X... estará en casa el lunes de 5 a 6». «Bernard Shaw también estará en casa» fué la respuesta.—(Judge).

o o o

Piropo madrileño

Hablando con usted se vuelve uno rosal, echa raíces en el suelo y... flores por la boca.



LA NOTICIA DE LA GUERRA, EN EL CIELO
Los ángeles.—Otra vez esos imbéciles. Jamás comprenderán que sólo están de paso en la tierra.—(Marianne, París)

A fines del siglo pasado, una casualidad llevó al profesor francés Henry Becquerel al descubrimiento de ciertos rayos que pueden considerarse como el paso inicial de la radioactividad. Mientras estudiaba la acción de las sales de uranio sobre placas fotográficas, debió interrumpir sus trabajos a causa de que el cielo, totalmente cubierto de nubes, no permitía el paso de la suficiente luz solar necesaria para impresionarlas.

Resolvió, pues, esperar al día siguiente para continuar. Dejó la caja de placas sujeta con una pinza, pero ocurrió que, por un error, las sometió al baño revelador, viendo con gran sorpresa que en ellas aparecía, a pesar de no haber sido expuestas a la luz, una nítida impresión de la pinza con que las había sujetado.

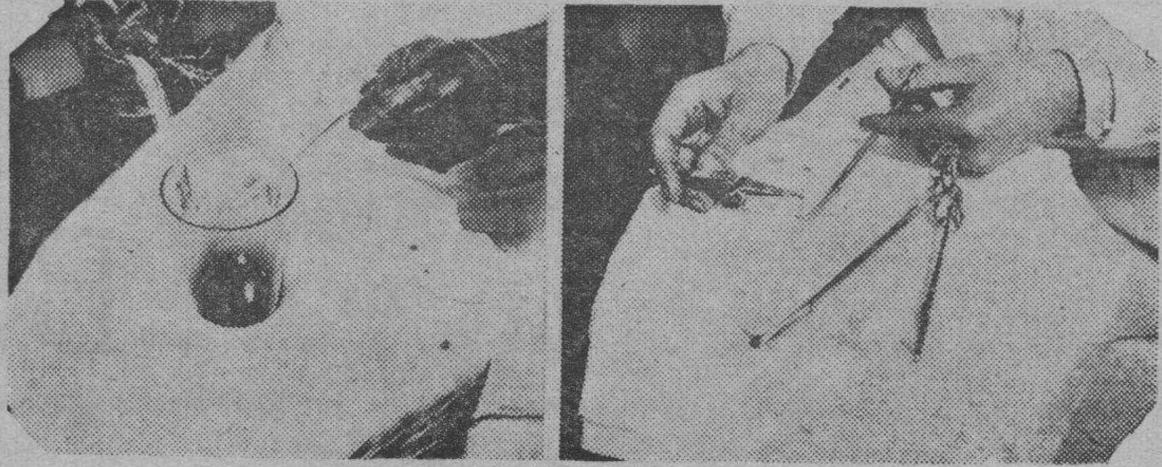
Este hecho constituía la demostración evidente de que las radiaciones eran capaces de impresionar las placas fotográficas sin necesidad de la acción de los rayos solares, bastando, para que el fenómeno se produjera, las propiedades radioactivas de las sales del uranio.

Se plantea entonces un problema: averiguar si existían otros elementos y sustancias que tuvieran las mismas propiedades del uranio, con su singular cualidad atómica.

El mundo científico le dedicó su atención. Y fué así cómo en todos los laboratorios se aunaron esfuerzos para encontrar la clave de semejante fenómeno. Es en estos instantes cuando se nombra por vez primera a una pareja de investigadores que habrían de conquistar con sus descubrimientos una fama imperecedera: los esposos Curie.

Radio, la nueva «piedra filosofal»

Marie Sklodowska, que era ya madame Curie, preparaba en esos días de inusitada fiebre investigadora su tesis para el doctorado. Aquellos rayos que había descubierto Becquerel la cautiva-



Agujas y tubos listos para la radioterapia. Obsér vese los gruesos guantes que protegen las manos del operador.—Estas agujas son introducidas en las zonas cancerosas que hay que tratar. Ellas sostendrán el tubo de radio.

LA VIDA Y LA MUERTE EN UN GRAMO DE RADIO

TAN INFIMA CANTIDAD DE LA MARAVILLOSA SUBSTANCIA, VALE NADA MENOS QUE DOSCIENTOS MIL PESOS

nombre de polonio. Fué ésta la etapa precursora del radio.

En noviembre de 1898, utilizando casi el mismo sistema para la producción del polonio, es decir, tratando toneladas de cierto mineral de uranio conocido con el nombre de **pechblenda**, que se extraía de las minas de Saint-Joachimstahl, en Bohemia, tras un largo proceso que de-

Un gramo cuesta \$200.000

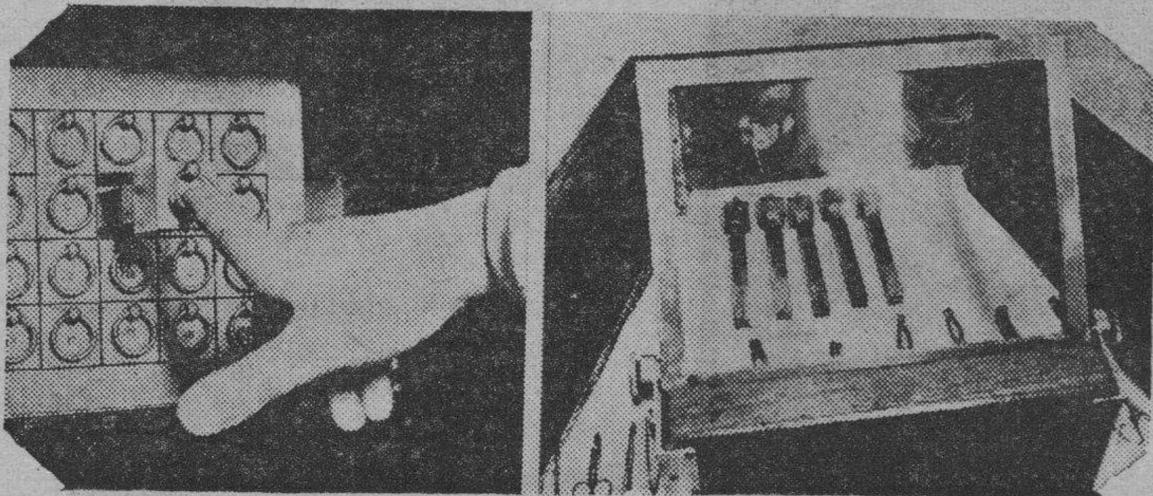
En nuestros días, el radio es uno de los grandes aliados de la ciencia. Para no citar sino uno de sus más importantes usos, bastará recordar los millares de cancerosos que se someten al tratamiento radioterapéutico, método con el que se han logrado maravillosas curas.

Pero esta sustancia, que es capaz de dar la vida, también puede quitarla en medio de los más atroces sufrimientos. Produce, si no se le manipula con sumo cuidado, quemaduras mortales, lesiones que no tienen cura ni esperanza..

Y esta peligrosidad ha obligado a que los estudiosos que operan con él adopten una serie de precauciones que exigen una verdadera técnica «defensiva»: recuerdos con vidrios especiales para evitar sus peligrosas radiaciones, guantes, delantales y máscaras, son necesarios para poder manipularlo.

Además, unas especies de cajas fuertes de aleaciones metálicas no radioactivas, guardan los pequeños tubos o sutiles agujas de platino, en cuyos extremos se halla esa maravillosa fuente generadora de rayos de vida. Cajas no mayores que la mano de un hombre, pero que, en su interior, encierran enormes fortunas, ya que, a causa de los elevadísimos gastos que origina la producción de radio, se calcula en doscientos mil pesos el costo de un gramo de esta sustancia que tanto bien y... tanto mal ha causado, pues, a pesar de todas las precauciones anteriormente expuestas, son numerosos los investigadores que han caído abatidos por las quemaduras terribles del radio.

Es, tal como lo comentara en cierta ocasión Mme. Curie, la abnegada mujer que dedicó su vida a estudiarlo: ...«como si en un gramo de esa divina materia, arrancada de la masa mineral más grosera y burda, se ocultara el secreto de la omnipotencia divina, de ese poder, incommensurable e intangible, que con un destello da o quita la vida de los seres humanos...»



Dentro de estas pequeñas cajas fuertes se guardan las agujas y tubos que contienen la maravillosa sustancia.—Cinco compartimentos de una caja fuerte de radio, colocados bajo el recuadro protector de cristal especial.

ban con su rara incógnita. Quizá presintiera el campo ilimitado de posibilidades científicas que prometían. Pierre Curie, su gran compañero, la alentó para que iniciara su estudio. Así, como estaban acostumbrados a compartirlo todo: angustias, miserias, alegrías, compartieron aquella lucha contra el misterio inmenso...

Tarea impropia. Para realizarla no se contaba con ninguna base que permitiera desarrollar un plan metódico. No existían experiencias anteriores; era necesario conseguirlas a fuerza de fracasos. Intentar uno, otro, diez, cien, mil procedimientos distintos, hasta dar con la solución ansiada. A pesar de aquel confuso laberinto donde reinaba el desorden, y mil hipótesis complejas chocaban en una alucinante danza de posibilidades, los Curie se fueron acercando a la luz de la verdad.

Basándose en ciertas experiencias propias sobre la acción de las corrientes eléctricas en los cristales de cuarzo, crearon un procedimiento por medio del cual consiguieron un metal radioactivo hasta entonces desconocido, al que dieron el

mandaba agotadores esfuerzos, consiguieron separar de esta materia así tratada unas partículas pequeñísimas de una nueva sustancia metálica, extraordinariamente más activa que todas las descubiertas hasta entonces. El símbolo **Ra** la incorporó al léxico químico y se la designó, con el nombre de radio...

Una nueva «piedra filosofal» que echaba a volar la fantasía del mundo. Se la consideró como una panacea definitiva para la larga y penosa lista de males que asuelan a la humanidad. Se habló desmesuradamente de sus extraordinarias propiedades terapéuticas. Quizás se exageró mucho, pero era indudable que el radio abría horizontes insospechados a la medicina experimental, así como a la química y a la física modernas. Y han sido tan vastos estos horizontes que, actualmente, luego de más de cuarenta años de ininterrumpidos estudios e investigaciones, aún no se ha descrito totalmente el velo del misterio que envuelve al radio y a sus posibilidades...

MUY BREVES

¿Por qué queremos tener buen apetito y luego sólo queremos apagarlo?

ooo

No olvide que el dinero que usted «intenta» ahorrar no gana interés alguno.

LECHE DE
BELLEZA
TABU

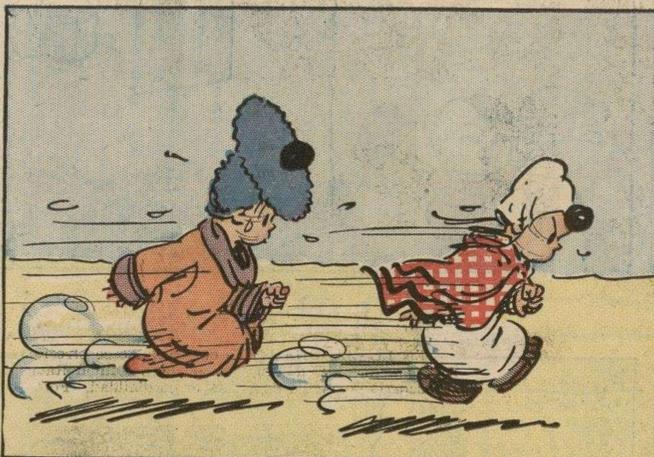


cutis joven y amorosa

Dana
PARIS FRANCE

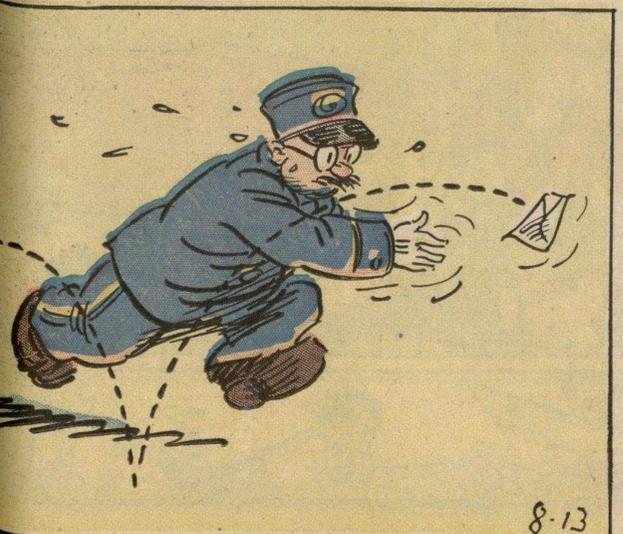
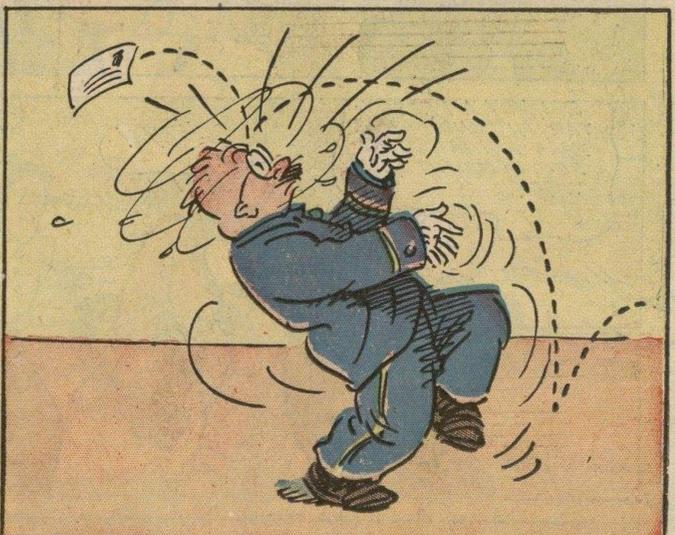
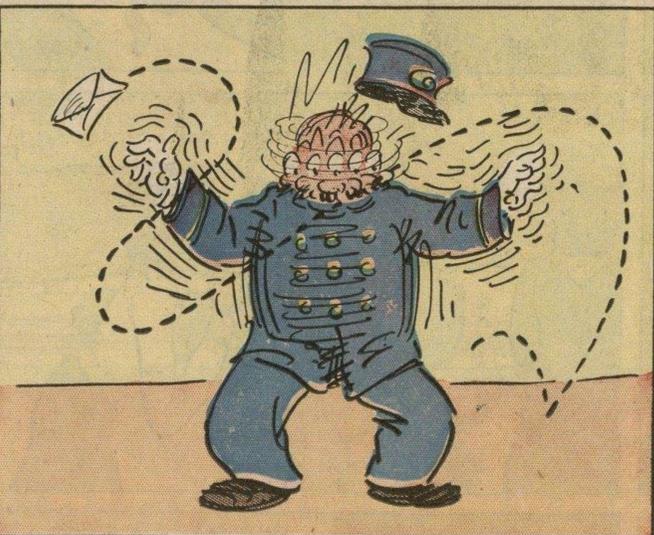
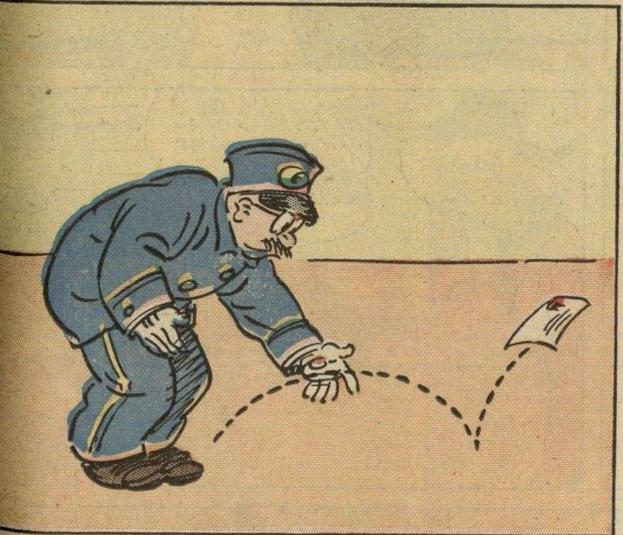
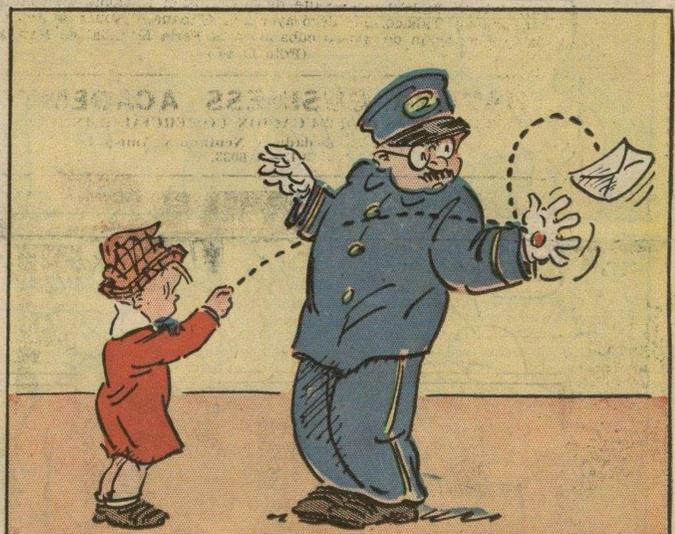
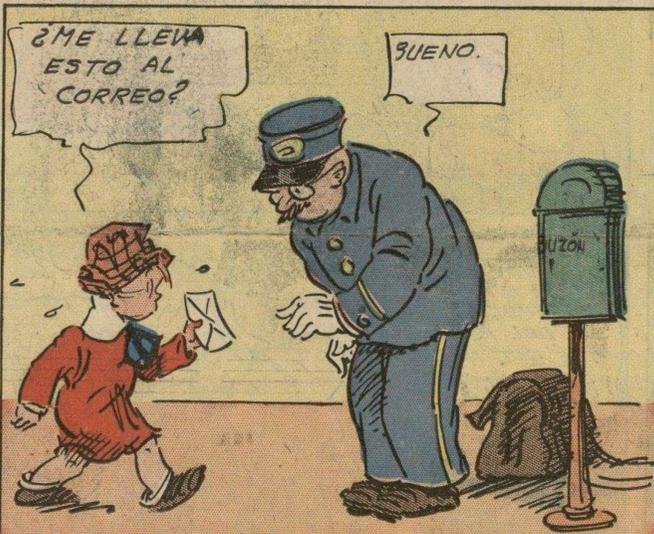
DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 17 DE SEPTIEMBRE DE 1939



Skippy

Registered U. S. Patent Office

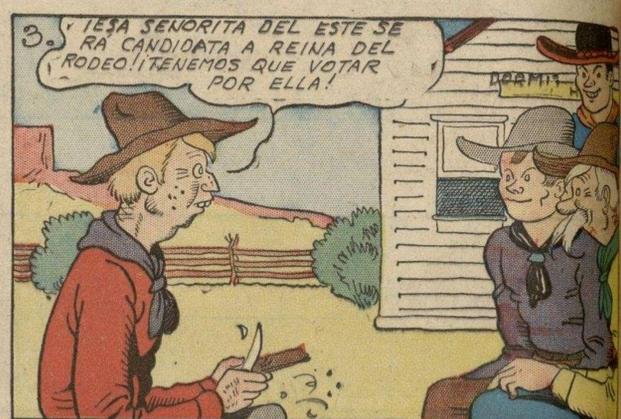


VALENTÍN EL WWO POR SWINNERTON



Comino

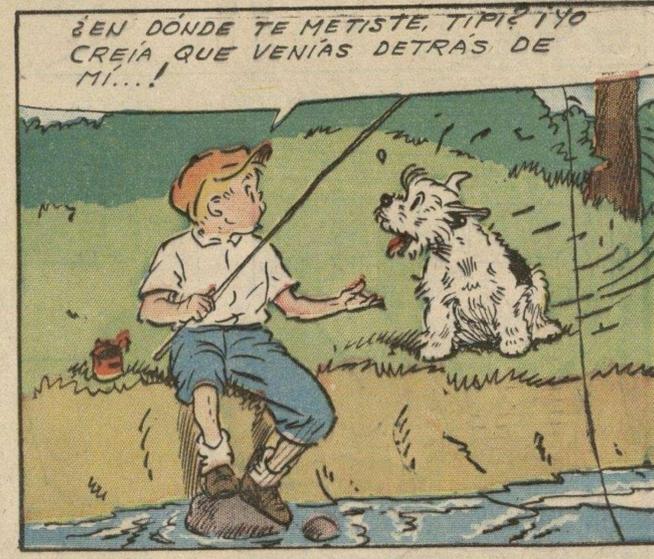
Registered U. S. Patent Office



"TIPI"

TENTACIÓN,
IRRESISTIBLE

POR
EDWINA



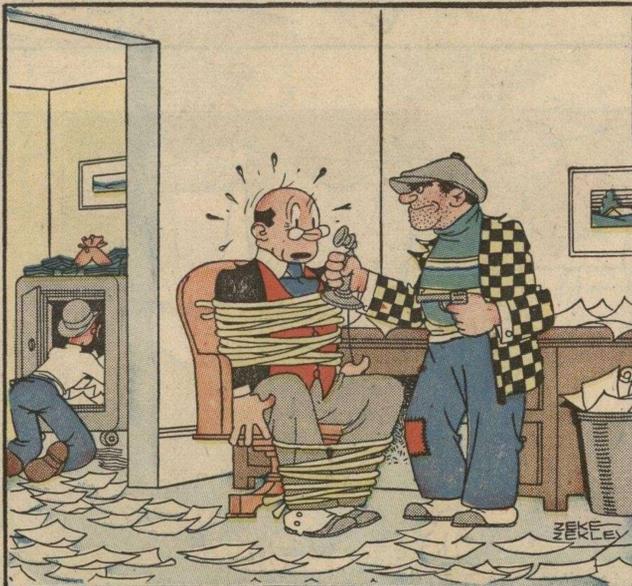
The George Matthew Adams Service, Inc. 8-6



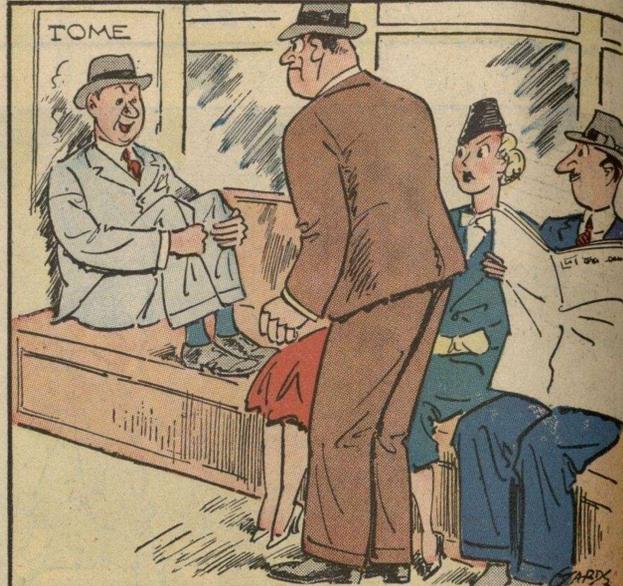
CHISTES



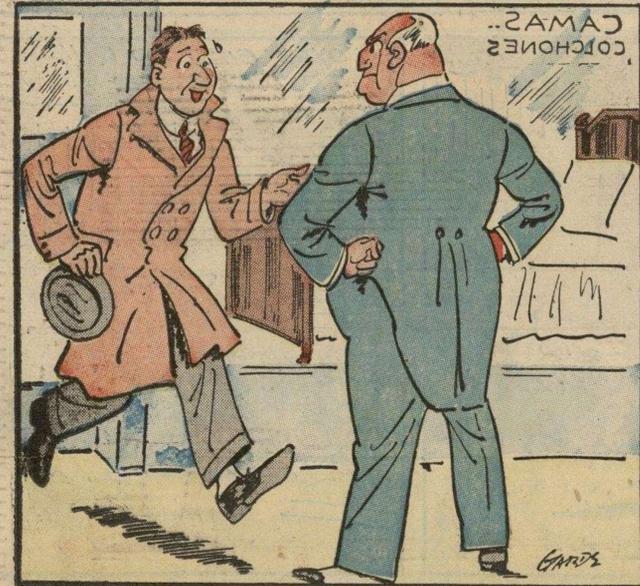
¡BAH! ¡A LAS CHICAS DE HOY NO SE NOS CONQUISTA DE RODILLAS!



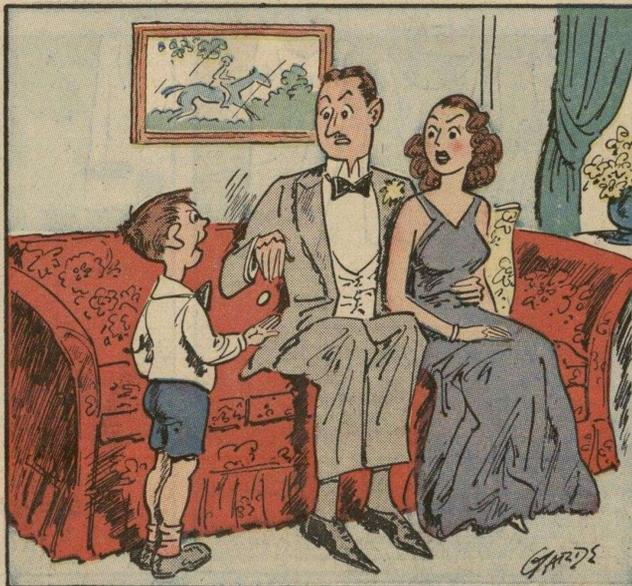
¡HOY NO ME ESPERES A COMER; NO PUEDO ALEJARME DEL ESCRITORIO!



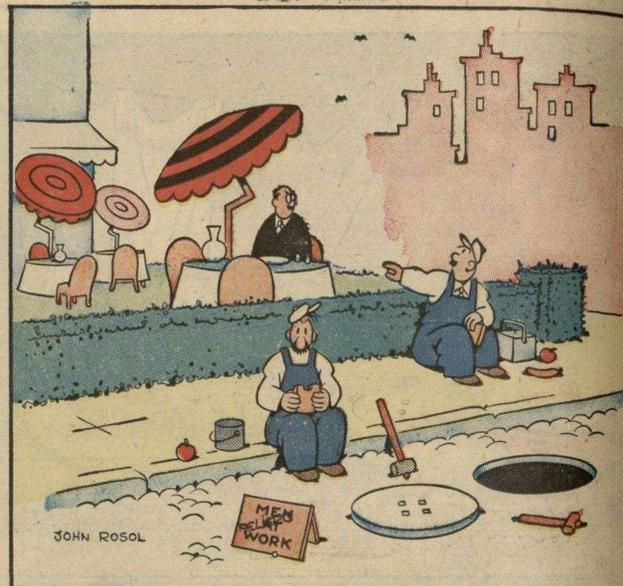
EL ASIENTO -- ¿SABE USTED? -- ES PARA MI ESPOSA, QUE TOMA EL TREN EN LA PRÓXIMA ESTACIÓN.



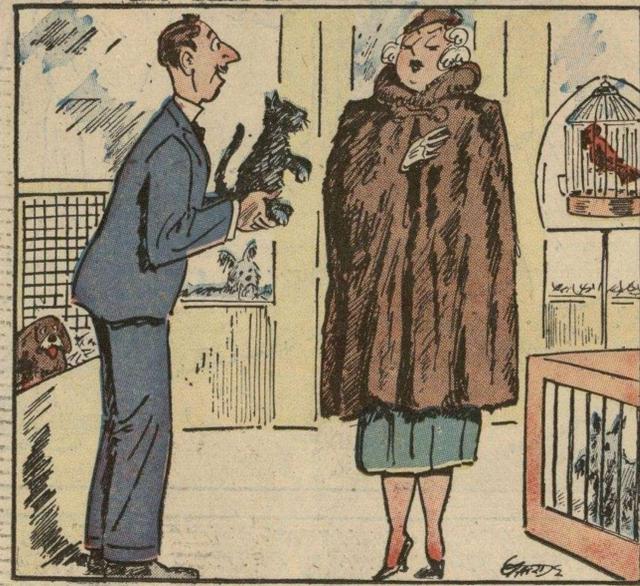
¡SIENTO LLEGAR TARDE OTRA VEZ, DON REMIGIO! ¡DESDE QUE DUERMO SOBRE EL COLCHÓN QUE LE COMPRE, MI SUEÑO ES MÁS PROFUNDO!



DISPENSE... ¿CÓMO DITO QUE SE LLAMABA? ¡ES PARA QUE NO SE ME CONFUNDAN LAS CUENTAS!



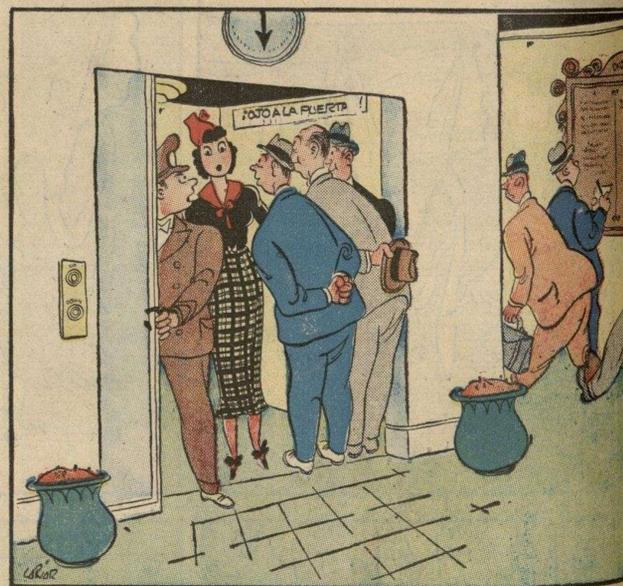
¿QUIERE HACER EL FAVOR DE PASARME LA SAL?



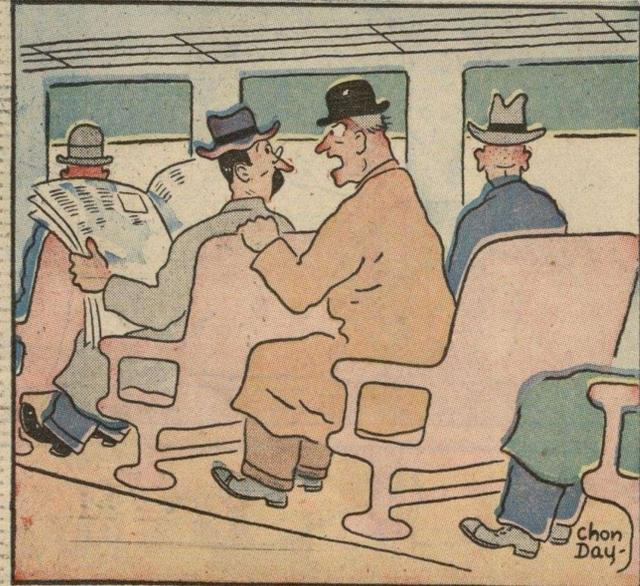
BUENO, SEÑORA, SE LO DEJARE EN VEINTE PESOS, AUNQUE SU VALOR ES DE VEINTISEIS... ¡ACABA DE COMERSE UN CANARIO VALORADO EN SEIS!



¡TRES SALCHICHAS, TOMAS!



¡NO SE INCOMODE, SEÑORITA, QUE ESTOS SEÑORES HAN DE ESTAR CIEGOS!



¡COMPAÑERO! ¿CUANDO PASA USTEDA LA OTRA PAGINA?



¡SÍ, SALCHICHAS; PERO DOS ONZAS NADA MÁS, ¿EH?



¡LE PEDI DOS SEMANAS DE VACACIONES, Y ME MANDÓ AQUÍ POR TODA REPUESTA!